



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO

Silvia Andrade (Ciudad de México, 1974). Estudió Ingeniería Química Industrial en la Universidad Autónoma de Yucatán y desde 2004 se dedica a la fotografía. Ha realizado exposiciones individuales y colectivas en diferentes estados de México. Ha recibido diversos reconocimientos, entre los que destacan el Premio a la Fotografía Científica (México, 2005), 4º lugar en el Concurso de la Sociedad Internacional de Fotógrafos (Estados Unidos, 2006), Premio Fahrenheit a la Fotografía Contemporánea (México, 2008), Fotoseptiembre (México, 2009), Primer lugar en la categoría profesional del Concurso Internacional de Fotografía y Estampa Digital (México, 2011). Durante 2010, recibió la Beca del Programa de Estímulos a la Creación y Desarrollo Artístico de Yucatán.

FOTOGRAFÍA DE PORTADA



Adriana Armenta, VI, de la serie *Esto no es una postal*, imagen digital, 8 × 10 pulgadas, 2011

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	
Ilustraciones / Mauricio Gómez Morín	8
CONCURSO 42 DE PUNTO DE PARTIDA	
PRIMERA ENTREGA	14
Invernadero / Cuarto oscuro (poesía) / Luis Fernando Lugo Torres	16
Camino del glaciar (poesía) / Carlos Jasso	25
Civet de jabalí (cuento) / Antonio Jiménez Ochoa	32
Sueño de una noche de otoño (cuento) / Ana Martínez Casas	35
Esto no es una postal (fotografía) / Adriana Armenta Alvarado	38
El ensayo en la práctica (ensayo) / Eduardo Huchín Sosa	46
La vida en la montaña (Pinabetal, Chiapas) (fotografía) / Manuel Enríquez Salazar	50
Juan y los otros ven crecer la hierba por sí sola (una biografía en resumen) (crónica) / Gonzalo Andrés Rojas González	62
Las posibilidades de una línea (crónica) / Rodolfo Ruiz Vázquez	69
EL RESEÑARIO	
<i>La leyenda del tío Boonmee</i> / Rodrigo Martínez	76

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles
Rector

Sealtiel Alatríste
Coordinador de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 168, julio-agosto 2011
Fundada en 1966

Edición: Carmina Estrada
Redacción: Mariana Hernández, Rodrigo Martínez, Luis Paniagua
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Fotografía de portada: Adriana Armenta
Ilustración de este número: Silvia Andrade
Impresión en offset: Imprenta de Juan Pablos S.A.
2a. cerrada de Belisario Domínguez 19, Col. Del Carmen
Coyoacán, 04100, México, D.F.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.
Tel.: 56 22 62 01
Fax: 56 22 62 43
correo electrónico: puntoenlinea@gmail.com
www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos,
forros en cartulina Domtar Sandpiper de 216 gramos.

Hemos llegado a la primera entrega de los trabajos premiados en el concurso 42 de *Punto de partida*. Este certamen, que acumula más de cuatro décadas de tradición, ha sido cultivo de nombres en el quehacer literario y gráfico mexicano. Y, precisamente, abrimos la edición con uno de sus ganadores, el artista plástico Mauricio Gómez Morín, quien obtuvo el premio de viñeta en 1976 y regresa con generosidad a estas páginas para compartir cuatro ilustraciones en la sección Del Árbol Genealógico.

Esta entrega incluye los ganadores en poesía: “Invernadero / Cuarto oscuro”, trabajo poético dividido en dos segmentos hermanados en estilo y obsesiones, amén de la recurrencia a motivos botánicos, obra de Luis Fernando Lugo. En contrapunto, el aliento más extenso de “Camino del glaciar”, serie de fragmentos en los que atestiguamos un medido tratamiento del tema amoroso —de por sí un riesgo—.

En cuento, los acreedores de primero y segundo lugar: “Civet de jabalí”, a caballo entre la fábula, el cuento de hadas y el de horror, escrito por Antonio Jiménez Ochoa; y “Sueño de una noche de otoño”, de la morelense Ana Martínez Casas, historia fantástica narrada con tintes góticos. En ensayo, una pieza por demás deliciosa: “El ensayo en la práctica”, de Eduardo Huchín Sosa, quien discierne en tono ameno sobre los motivos y el ejercicio del ensayista en la actualidad.

A diferencia de otros años, la Facultad de Filosofía y Letras acaparó los premios de crónica: “Juan y los otros ven crecer la hierba por sí sola”, de Gonzalo Andrés Rojas, quien retrata una clase y una época de esta ciudad a través de los avatares de un antihéroe; y “Las posibilidades de una línea”, ejercicio cercano al cuento escrito por Rodolfo Ruiz.

El número presenta también las series ganadoras en fotografía, que esta vez ejemplifican dos corrientes imperantes en el ámbito fotográfico actual: por un lado, el enfoque conceptual de “Esto no es una postal”, obra de Adriana Armenta; y por el otro, “La vida en la montaña”, fotorreportaje de Manuel Enríquez Salazar.

Mención aparte merece el portafolio de la fotógrafa Silvia Andrade, que acompaña los textos de esta edición. Se trata de un conjunto de imágenes tomadas con microscopio electrónico y que forman parte de la serie *El oráculo*. La feliz confluencia de dos mundos en apariencia opuestos —la formación científica de la autora y las sentencias del *Libro de las mutaciones*— da como resultado un grupo de acercamientos botánicos notables por su belleza y factura.

Para cerrar este comentario, agradezco encarecidamente el trabajo del jurado en las distintas categorías: Eduardo Antonio Parra, Francisco Hinojosa, Marcial Fernández y Fernando de León; Mónica Lavín, Ana García Bergua y Alberto Chimal; Magali Tercero y Emiliano Pérez Cruz; Marianna Dellekamp, Óscar Necochea y Alejandro Boneta; Gilda Castillo, Mauricio Gómez Morín y Fabricio Vanden Broeck; Rocío Cerón, Julio Trujillo y Rodolfo Mata; Geney Beltrán Félix, Hernán Bravo Varela y Luis Felipe Fabre; y Mónica Mansour y Arturo Vázquez Barrón. A todos ellos, una vez más, muchas gracias. 📍

Carmina Estrada

Ilustraciones

Mauricio Gómez Morín



Brasil cordel, grabado en linóleo, ilustración para *La Jornada Semanal*, número dedicado a Jorge Amado, septiembre de 2009

Mauricio Gómez Morín (Ciudad de México, 1956). Estudió Grabado en el Molino de Santo Domingo y en el Taller de Gráfica Popular. Perteneció al colectivo plástico Germinal. Formó parte del Frente Mexicano de Trabajadores de la Cultura. De 1980 a 1990 fue docente en la UAM Xochimilco, donde fundó, junto con Carlos Ocegüera y Eduardo Juárez, el Taller de Gráfica Monumental. Ha colaborado en revistas y periódicos como *La Jornada*, *Reforma* y *Letras Libres*. Como ilustrador infantil ha trabajado en la SEP dentro de la colección Libros del Rincón. Fue director artístico de las colecciones infantiles del Fondo de Cultura Económica, donde ha ilustrado varios libros. Fue gerente de Diseño e Imagen en la editorial Santillana.

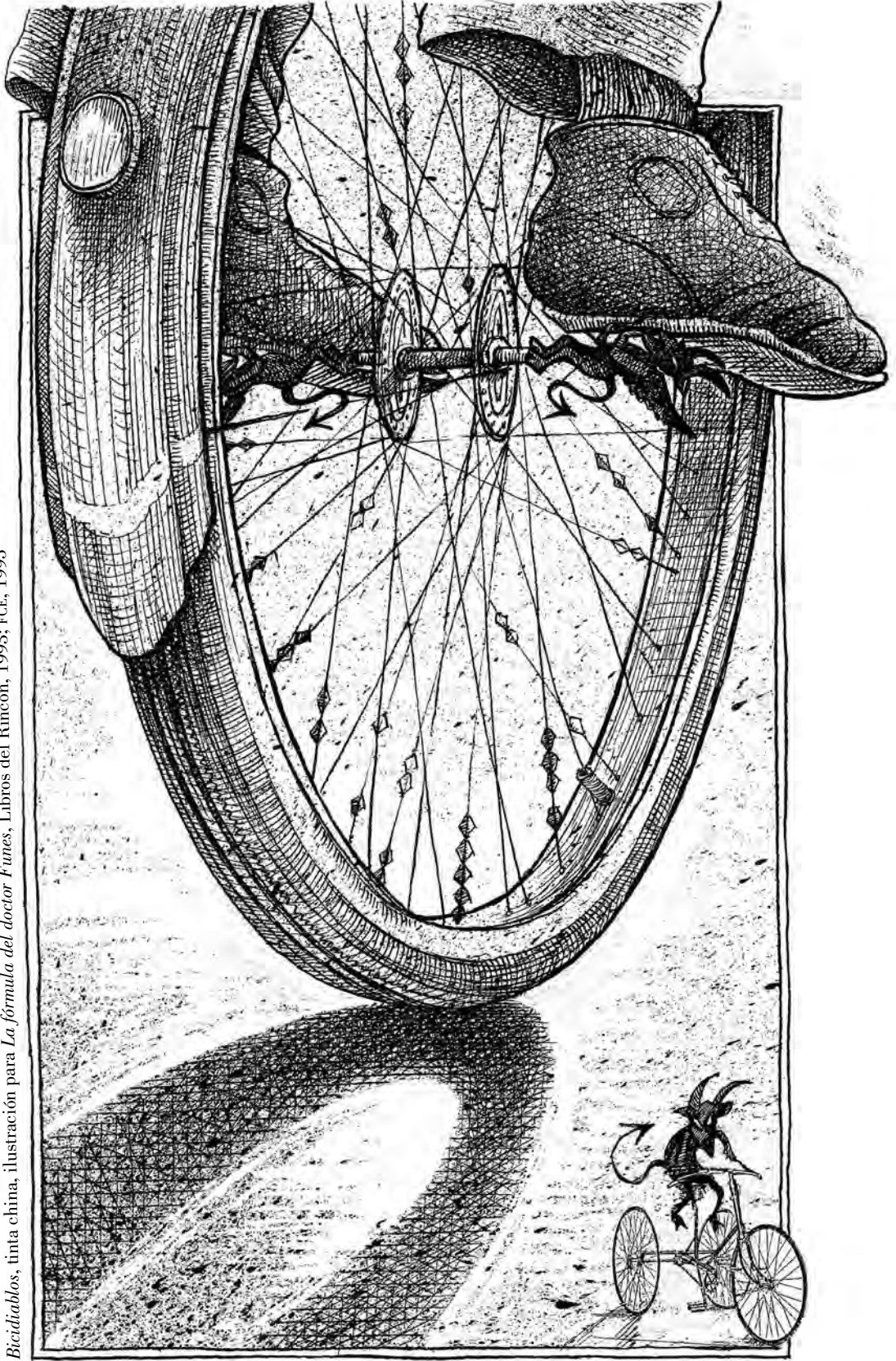


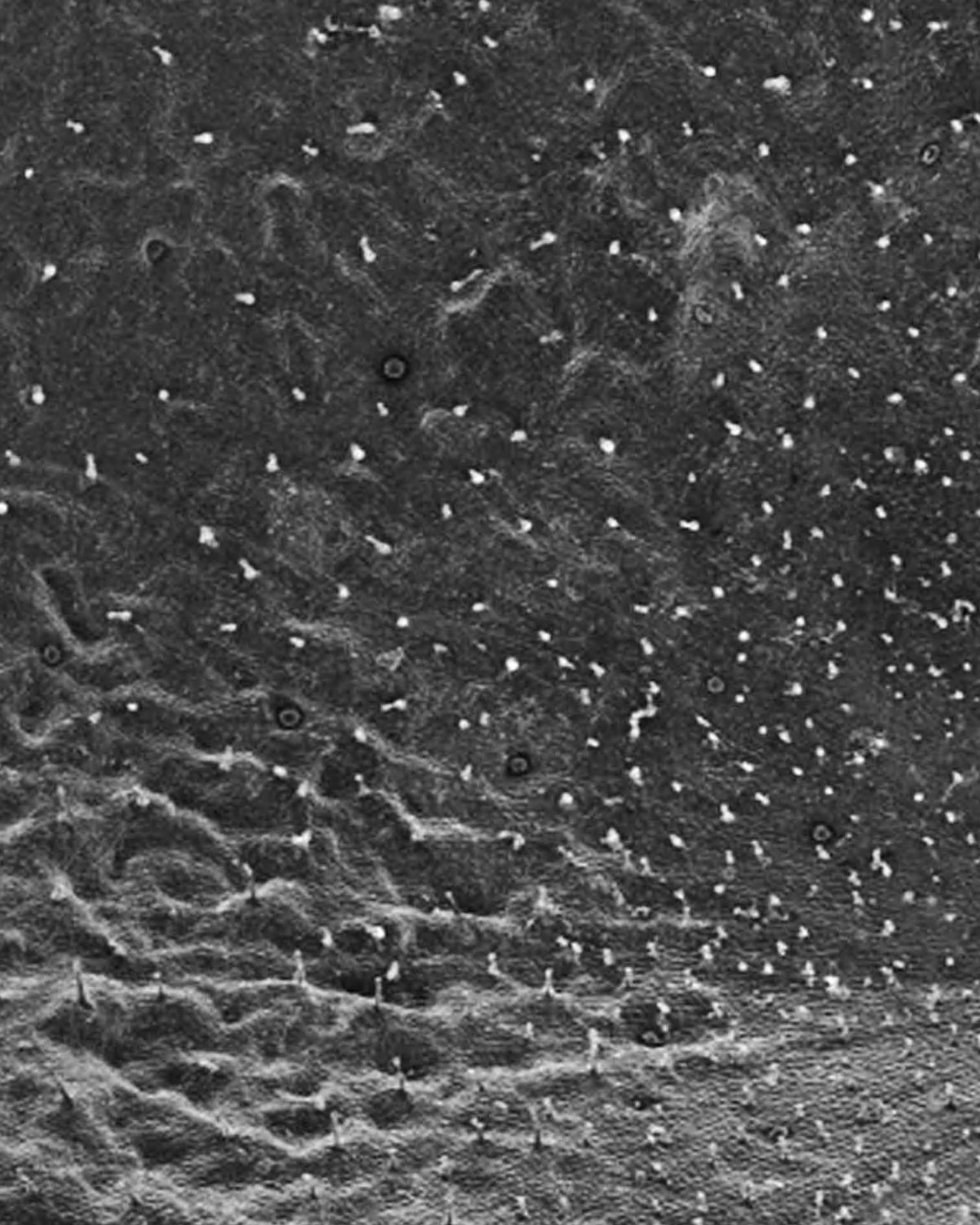
Café cordel, scratchboard, cartel para la exposición “La vida en un sorbo”, Museo Nacional de Culturas Populares, 1996-1997



Guadalupe, tinta china, transfer y plantilla, revista *Ixtus*, núm. 41, 2003

Bicidiblos, tinta china, ilustración para La fórmula del doctor Funes, Libros del Rincón, 1993; FCE, 1993





Concurso 42 de Punto de partida



Concurso 42 de la revista

punto de partida

PREMIOS Y MENCIONES

CRÓNICA

Primer premio

Juan y los otros ven crecer la hierba por sí sola

Gonzalo Andrés Rojas González
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Segundo premio

Las posibilidades de una línea

Rodolfo Ruiz Vázquez
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Menciones

El amor en los tiempos del Skype

Mónica Romero Gay
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

San Francisco... un viaje por el inframundo bilbaíno

César Alejandro Gabriel Fonseca
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

JURADO: Magali Tercero y Emiliano Pérez Cruz

CUENTO

Primer premio

Civet de jaball

Antonio de Jesús Jiménez Ochoa
Facultad de Medicina-UNAM

Segundo premio

Sueño de una noche de otoño

Ana Martínez Casas
Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Menciones

Números y signos con tinta roja

Carlos Federico Cota Romero
Escuela Preparatoria "José María Morelos y Pavón" La Paz, Baja California Sur

Llamada terminal

Moisés García Hernández
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

JURADO: Francisco Hinojosa, Marcial Fernández, Fernando de León y Eduardo Antonio Parra

CUENTO BREVE

Primer premio

Sirenas

Miguel Ángel Balanzario Novelo
Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia-UNAM

Segundo premio

El evangelista

Iltze Montserrat Ocampo Miranda
Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Menciones

Gil

Amado Jazael Peña Broissin
Universidad Veracruzana

La reina de la casa

Helder Ariel Díaz Cenicerros
Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa

Granos de maíz

Sarahí Alanís Navarro
Facultad de Psicología-UNAM

Yombawá

Aileen Patricia Martínez Ortega
El Colegio de México

JURADO: Alberto Chimal, Ana García Bergua y Mónica Lavín

ENSAYO

Primer premio

El ensayo en la práctica

José Eduardo Huchín Sosa
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP)

Segundo Premio

Se declaró desierto

JURADO: Geney Beltrán Félix, Hernán Bravo Varela y Luis Felipe Fabre

FOTOGRAFÍA

Primer premio

Serie: Esto no es una postal

Adriana Armenta Alvarado
Escuela Nacional de Artes Plásticas-UNAM

Segundo premio

La vida en la montaña (Pinabetal, Chiapas)

Manuel Alejandro Enriquez Salazar
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

Mención

Revolver. Revoluciones

Israel Ortiz González
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

JURADO: Marianna Dellekamp, Óscar Necochea y Alejandro Boneta

GRÁFICA

Primer premio

La ira de Erimanto

Patricia Ávila Miguel
Escuela Nacional de Artes Plásticas-UNAM

Segundo premio

A través del espejo

Estefanía Godínez Rivera
Escuela Nacional de Artes Plásticas-UNAM

Mención

Seres de letras

Efraín Galván Villa
Facultad de Estudios Superiores Cuautitlán-UNAM

Serie Human metromex

María de Lourdes Domínguez Cruz
Academia de San Carlos-Escuela Nacional de Artes Plásticas-UNAM

Fuerza Campesina

Francisco Petlateco Rosario
Facultad de Estudios Superiores Cuautitlán-UNAM

JURADO: Gilda Castillo, Fabricio Vanden Broeck y Mauricio Gómez Morín

POESÍA

Primer premio

Invernadero/Cuarto oscuro

Luis Fernando Lugo Torres
Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco

Segundo premio

Camino del glaciar

Carlos Alberto Jasso Carranza
Universidad del Valle de México Campus Hispano, Preparatoria

Menciones

Postales desde el fin del mundo

Herson Alan Barona Ortiz
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Cárnicas Folgaciones

Ismael Eduardo Lares López
Universidad Autónoma España, Durango

JURADO: Rocío Cerón, Rodolfo Mata y Julio Trujillo

TRADUCCIÓN LITERARIA

Primer premio

Décimo cuarta novela de Micer de Crequy

Dulce María Griselda Quiroz Bustamante
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Segundo premio

Fragmento de Amores brujos de Tahar Ben Jelloun

José Manuel López Villanueva
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Mención

La decepción (original de Aphra Ben)

Martha Celis Mendoza
El Colegio de México (Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios)

JURADO: Arturo Vázquez Barrón y Mónica Mansour



Primera entrega

POESÍA / Jurado: Rocío Cerón, Rodolfo Mata, Julio Trujillo

Invernadero / Cuarto oscuro / Primer premio

Luis Fernando Lugo Torres

Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco

Camino del glaciar / Segundo premio

Carlos Jasso

Universidad del Valle de México campus Hispano, Preparatoria

CUENTO / Jurado: Marcial Fernández, Francisco Hinojosa, Fernando de León, Eduardo Antonio Parra

Civet de jabalí / Primer premio

Antonio Jiménez Ochoa

Facultad de Medicina, UNAM

Sueño de una noche de otoño / Segundo premio

Ana Martínez Casas

Universidad Autónoma del Estado de Morelos

FOTOGRAFÍA / Jurado: Marianna Dellekamp, Óscar Necochea, Alejandro Boneta

Esto no es una postal / Primer premio

Adriana Armenta Alvarado

Escuela Nacional de Artes Plásticas, UNAM

La vida en la montaña (Pinabetal, Chiapas) / Segundo premio

Manuel Enríquez Salazar

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM

ENSAYO / Jurado: Geney Beltrán Félix, Hernán Bravo Varela, Luis Felipe Fabre

El ensayo en la práctica / Primer premio

Eduardo Huchín Sosa

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

CRÓNICA / Jurado: Magali Tercero, Emiliano Pérez Cruz

Juan y los otros ven crecer la hierba por sí sola / Primer premio

Gonzalo Andrés Rojas González

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Las posibilidades de una línea / Segundo premio

Rodolfo Ruiz Vázquez

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Invernadero / Cuarto oscuro

Luis Fernando Lugo Torres

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-XOCHIMILCO

INVERNADERO

Invernadero

Mis padres son plantas carnívoras
que persiguen moscas.
Mi madre, encerrada en su cuarto,
disfraza sus lágrimas de goteras.
Mi padre, en su estudio,
deshoja libros en busca del silencio.
Mis hermanos y yo
somos plantas de sombra,
pero hay espinas en nuestro cuerpo;
golpeamos los cristales,
nos hacemos de puños rotos,
queremos derribar el tiempo
que se nos pone enfrente,
disolver su reflejo,
hacerle una grieta.

Abuelo

a Darío Lugo

Tu cuerpo dejó de crecer:
terminó siendo la medida que el ataúd puso;
mientras te velábamos,
la caja abierta dejó pasar algo de aire.

Todos respirábamos excepto tú:
las plantas respiraban en silencio,
vivíamos de tus horas muertas.

Te vi, me faltó aire,
siempre me falta aire cuando alguien se va.

Supe tu muerte
al ver la oscuridad del ataúd,
y entendí que al cerrarse
comenzarías a respirar de nosotros.

Luis Fernando Lugo Torres (Ciudad de México, 1985). Ha participado en diversos talleres de poesía impartidos por Antonio Del-toro, David Huerta y Aurelio Asiain. Ha sido becario del programa “El Bosque sin Senderos” del Centro de las Artes de San Agustín, Oaxaca. Becario del proyecto “Letras a la obra” del Centro de lectura Condesa. Actualmente es Becario del programa Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.

Costumbres

En mi familia nos cerramos los párpados unos a otros.

Mi madre bajó los de mi abuelo:
difuminó con sus dedos una sombra,
en sus yemas surgió una mancha
que la hizo sentir sucia.

Mi hermano bajó los de su hijo:
mientras él ataba la agujeta de su zapato,
el pequeño se ahorcaba
con el cordón umbilical.

Mi padre cerró los de su hermana:
con su mano derecha
desconectó el oxígeno,
y ahora siente que la asfixia
lo invade por las noches.

Yo le cerré los ojos a un amigo:
golpeé su ataúd, no se defendió,
no puso resistencia,
y era mi cuerpo y no el suyo
el que estaba adentro,
eran mis párpados que, aún ahora,
siguen sintiendo sus puños.

Asma

*Un aire, un aire, un aire,
un aire,
un aire nuevo:
no para respirarlo
sino para vivirlo.*
Gonzalo Rojas

1

Nací en un hueco de aire,
mi madre me arrojó de entre sus piernas.
Llegué morado al mundo,
mi padre colgó su bata en la puerta
para que no entrara mi muerte.

Me llevaron a una incubadora,
viví dentro de un globo transparente,
un aire artificial alimentaba
el hambre de mi aliento.

Nací precipitado:
pasé del cementerio al hospital.

2

Juego a la muerte.
Dentro de la cajuela del Tsuru de mi padre
siento la desesperación de lo incompleto.
Cierro los ojos, dejo que un auto en marcha
decida mi destino.

3

Tardo en acostumbrarme a lo que duele.
Llego tarde, siempre he llegado tarde.

Presiento que llegué tarde
a la repartición del aliento.

4

Mi madre me dejó los cigarros en la boca,
me enseñó a hacer sonrisas con el humo.

Mi padre me tradujo el asma de Gonzalo Rojas,
a un idioma entendible; me leyó su conjuro,
los féretros que exhuma de la tierra.

Mi voz se hizo a pedazos, a cuentagotas de aire.
Si hablo grave es por la uña
que tengo enterrada en la garganta.

5

Nada cura el asma con que uno nace.

6

Escribí “asfixia” sobre un árbol.
Luego tracé mi nombre
sobre todos los árboles caídos:
los arboles que sirven para hacer ataúdes.

7

Sostuve un globo desinflado:
ésa fue mi comedia humana.

Árbol

1

Me recuesto en la sombra del árbol
como sobre una manta de frutos mordidos.
Entrecierro los ojos y dejo pasar algo de vida.
Veo nubes con agujeros, fragmentos de personas,
rincones mordisqueados.
Mis recuerdos se estrellan en cada nube,
en cada hombre, en cada cosa incompleta.
Mis recuerdos son la mitad de un fruto masticado.
Entrecierro los ojos para no ver la oscuridad.
Intento no salirme del pedazo mordido que soy.

2

El árbol empieza a estorbar nuestro camino.
Aquí está su fotografía,
rómpela si quieres
pero escucharás
el ruido de la caída.

3

“El poeta es un pájaro que sólo canta afinado en las ramas de su árbol genealógico.” Jean Cocteau

4

Un pájaro sostenido en una rama,
un hombre al borde de su cama,
el equilibrio los rodea,
los arrulla.

El hombre cae y rompe el sueño,
el ave vuela y lo busca.

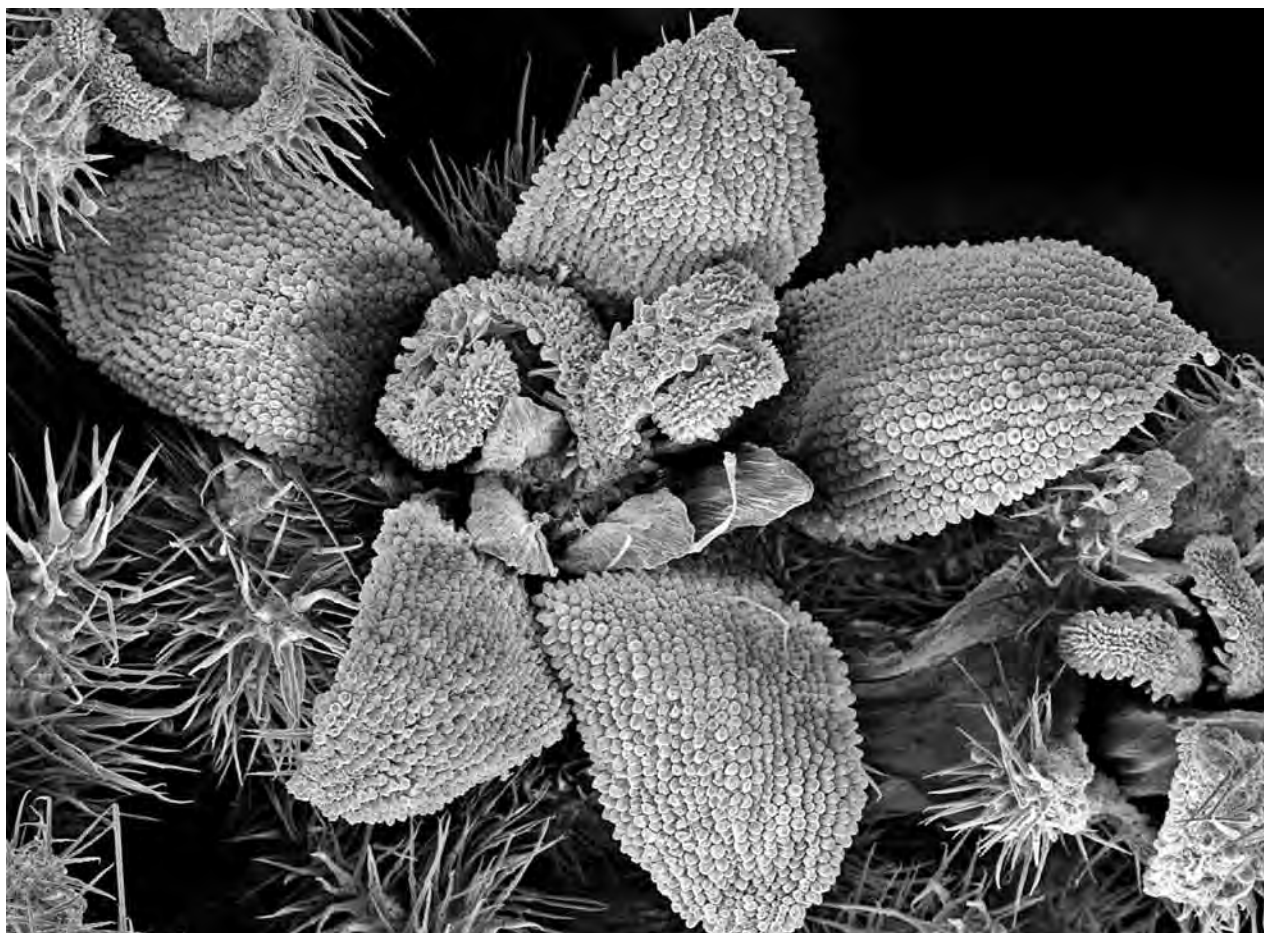
Calendario

Los días son un alambre
hecho de manecillas.
El tiempo es una cerca
que lo cubre todo;
las horas son púas que nos hieren:
me oxido con la flor.

Fotosíntesis

Arranco los pétalos para saber quién me quiere.
Desnudo una respuesta que me instruye.
Deshojo margaritas y un ámbar me protege.
Me he acabado un jardín y aún sigo escuchando
la misma respuesta sobre Dios.

Silvia Andrade, *La paz*, fotografía con microscopio, 50 × 60 cm, 2009



CUARTO OSCURO

Cuarto oscuro

Bajo el agua, mi fotografía:
una imagen ahogada.

Bajo el agua, mi retrato:
un papel blanco sin color.

Escurro palabras bajo el agua,
hablo sin ser escuchado.

Pido auxilio.
Pido perdón.

Bajo el agua nacen las asfixias
que bautizan nuestra imagen.

Pozo

Espero verte en el mismo pozo
donde una vez te encontré:
angustias y dedos fríos
tocaban tu corazón
allá abajo.

(Y en medio del camino, la cuerda
que utilizaste como anillo al cuello).

Espero verte en el mismo pozo
donde una vez te encontré;
donde una vez
intenté salvarte.

Fotografía

No miento cuando digo
que las cosas mudas
nos quieren decir algo,
que nos hacen oír voces.

Emerjamos

Por ahora
somos como una respiración
boca a boca
en el fondo del mar.

Instantáneas del parque

1

Bote de basura

Aquí las plantas crecen pero crecen muertas.

2

Vagabundo

Prisionero de las resbaladillas,
su condena es subir y bajar eternamente,
y perder la memoria
mientras su barba crece en el tiempo.

3

Payaso

Los niños lo rodean.
Del maquillaje del rostro escurre
una lágrima de colores que cae
con un peso tan fuerte
que hace temblar al niño gordo
del sube-y-baja.

Sombra

Yace el cuerpo de un albino.

En el suelo la gente lo rodea:
señala al sol como el culpable.

Camino del glaciar

Carlos Jasso

UNIVERSIDAD DEL VALLE DE MÉXICO, CAMPUS HISPANO, PREPARATORIA

a D

*Y te amaré de nuevo y te diré ven. Y tú me amarás
de nuevo y me dirás ven. Y el cielo abriéndose nos
dirá ven que igual que lavas rojas cubriendo las
montañas nuestras carnes nos cubrirán de nuevo
los nevados huesos de todo Los Andes y te amaré
de nuevo y será ven.*

Una ruta en las soledades, Raúl Zurita

I

Esas cartas de amor regándose desde flores invisibles.
Arriba la madrugada helada con sus animales de olvido.
Y amar. Se dice pues que el sonido viaja más rápido que nosotros.
Y la luz. Tu luz, querida, viaja imprecisa en mis ojos
sin resplandor, moteando un paisaje de milpas plagadas,
para desaparecer luego en las profundidades del cielo.
El cielo infinitamente diáfano, como tus manos abrasadas.

Son cartitas de amor apenas. Como girasoles girando
en medio de un aleteo fugaz de las estrellas,
leves espejismos neutros y locos que nos hundan
en palabras no escuchadas y no dichas para siempre.
Se dice pues que tu verano ya no será mío y que nada de nada.
Desfila una cordillera de montañas alrededor de nuestra ciudad,
nevándose con sangre blanca para olvidar el tiempo y la muerte.
Y la luz. Infinitamente iluminada con tu canto desértico.

II

Tú allá en el oriente descansas con ojos de ave,
escupiendo el horizonte y formando rompientes en el farallón,
tú, que sin dormir, sueñas a que vuelas como ave.
Se dice que las aves vuelan, que tutean con el viento y se aman.
Allá afuera descansa sin dormir un remolino de escondites,
las manos escritoras de la tierra, el túnel secreto que lleva al mar.
Del amor aroman. Se dice que para no dormir.
Esas cartas de amor parcas y eternas. Con vergas floreado de la tinta.

Y nos amaremos en la oscuridad de una computadora
o de un bosque repleto de árboles digitales, casi lo mismo, querida.
Dormiremos en las carreteras secundadas con reguiletes fantasmas
y los fantasmas nos llamarán a comer en sus tumbas.
Invitados del pasado nos llenaremos de sonido, tú darás luz.
Y amar. A pique el muelle se irá al mar y yo a ti.
Desnudemos tus huesos de plata para morir ajenos al mundo.
Se dice que en el oriente tú descansas.

Esas cartas de amor interminables como el universo.
Concebidos nuestros pasos en un camino enraizado al olvido
para arruinar la ciudad con nuestro olor a muerte. Somos muertos.
Y nos amamos. Caminamos a un glaciar derruido, sin saber
si venimos a perdernos en un laberinto veteado de flores
o a enajenarnos como espantapájaros en la lluvia.
Se dice que los glaciares son fríos, yo no les creo.
Y las aves vuelan moteando amores de antaño
como torrentes de furia a pique con tus ojos.
Cartas leves de amor, apenas leves, sin dormir.

III

Se dice pues que en el oriente tú descansas con patos.
Sus plumas. Porque en el cielo las cosas ya no marchan.
Las cartas de amor se minimizan y caminan a los glaciares.

Tú caminas con tu luz. Luz. Tú. Y las ciudades a tus espaldas,
como queriendo llorar con sus luces de algodón
por tu partida en avión sin avión más al oriente. Sin dormir.
Y amar. Tu canto desértico vuela como las aves.

Se dice que el sonido del desierto es el sonido.
Y en el desierto se rompen las barreras del sonido.
Y amar. Y morir en cada beso. He dicho beso.
Montaña queda de más, porque se ha hecho leve
con su sangre blanca nevándose en medio de aves que vuelan y se aman.

Se dice que tu verano ya no será mío. Tampoco el invierno.
Mucho menos el invierno que resplandece en las estrellas
que no dicen nada que se esconden debajo de las piedras negras
del cielo de la noche de la madrugada.
Y amar. Con los ojos cegados con balas lúdicas,
con las piernas temblando peludas con sorna y dolor,
con viejas barbas en medio de los campos de maíz.
Y de bruces el sueño de bosque digital.
Camino del glaciar, se dice que tú descansas en el oriente.

La pérdida de un pozo, del vacío del pozo rellenado con agua.
Y ser montaña. Cordillera para amar las nubes.
En medio del diluvio cosechar las milpas de tus ojos,
tu pupila dilatada con tu luz para volar como las aves.
Cartas desaparecidas en el correo. Que vuelan.
Se escapan y se pierden en el sonido del verano.
Ése que no será mío. Las ventanas agitadas en el tiempo.

IV

Pero vamos al glaciar, a donde el frío, a donde la madrugada sin estrellas.
La puerta de la luna nos conduce al glaciar. Sin mar.
Los escondites se vuelcan mundos a tus lunares.

Y amar. Y ser de nuevo la lengua que se agita en tus dientes
teñidos con sangre blanca de montaña.
Y espejismos leves y locos que nos hundan.
Se dice que el oriente queda lejos. El oriente donde tú.
Caminaré al oriente y del oriente al glaciar nos huiremos.
Y amar. Un amor chupado por las aves.
Se dice que las aves vuelan y se aman con el viento.
Y no amar. Y no amar.

V
Se dice que lunáticos se pasean en tu vientre.
Las cartas leves, inexistentes por la flora de la nieve.
Nieve rosa del Ajusco. Ahí merito donde tú y tús.
Merendamos con la nieve y el sonido.
Hablar de las estrellas se ha convertido en magia.
Ahí los bosques digitales durmiendo en el desierto,
pues la medida de nuestros rostros es tu mano.

Del otoño nos llega la saudade. Y el ruido.
Y amar. La imposibilidad de seguirle el rastro
a tu amada. Ese olor de mundo impuro.
Jugar a las cartas con los senos de nieve rosa.
Allá, desde el Ajusco, los labios se contraen.
Y humedecer la noche con aliento de fruta vieja.

Pero sí, tú, que vienes a mi cama cada noche a robarme
los ojos de mi otra amada de mi otra amada,
me besas las manos de poeta con tu carreta de leche.
Y amar las cartas que te envió encima de las palabras
que no he vendido y sí a las piedras.
Atrás de la casa el amor. Y amar. Y tú, ave.
Del Pacífico un insecto con su lenguaje insecto.
Qué poliedros mímicos nos arrullarán esta noche,
quizá los mismos que endurecen las piernas del olvido.
El oriente es pequeño como el universo.

VI

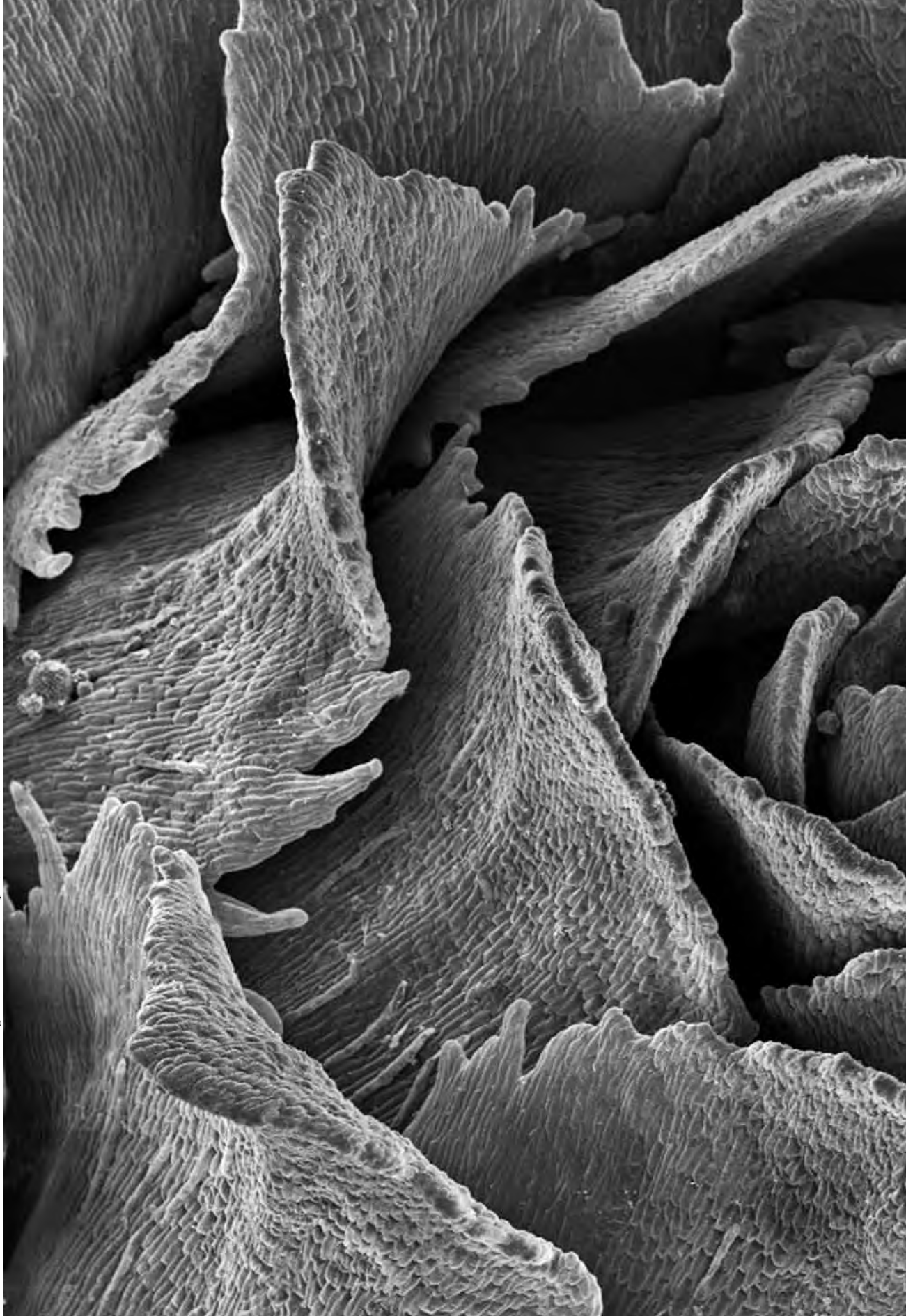
Y el glaciar témpano hielo albo blanco rosa
morirá en tus manos de espantapájaros,
si bien el cielo dejó su diafanidad y sus lechosas estrellas.
Y no hay mar en tu poeta. Y sólo un camino helado.
Es nuclear mi sentimiento ulterior de la lluvia.
Como los nidos de nubes que Néfele estarce.
Y amar y no escuchar que la mesa debe ser de tres.
Una mesa electrónica para tres.
Como aquellos tiempos después de muerto.

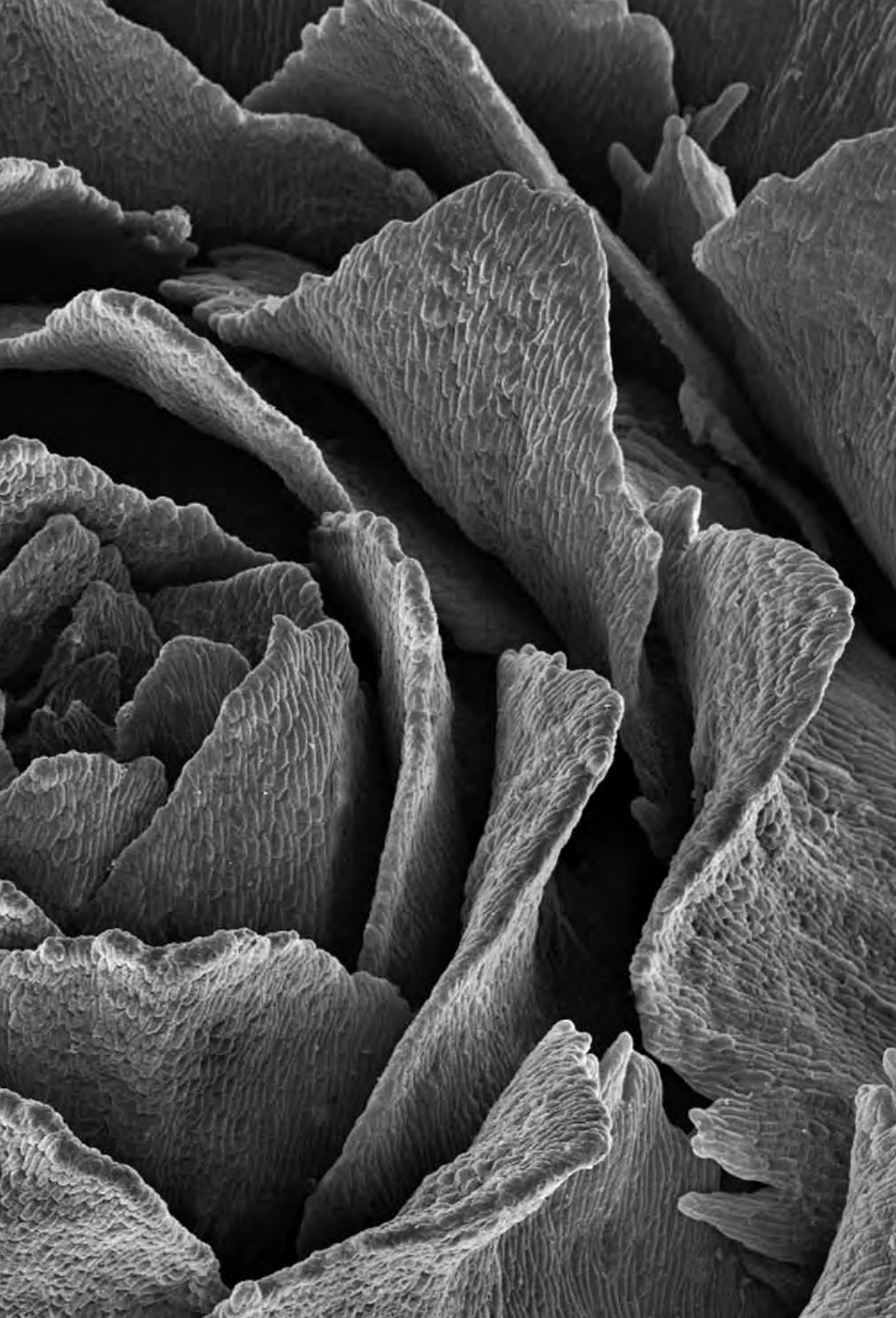
Se dice que las cartas son leves espejismos.
Una tortura incierta es lo que pido al cielo.
Estoy harto de pedir al cielo, como si tal cosa.
El sonido se rompe en el desierto.
Qué chingados es el desierto sino un invento.
Los glaciares aman a las aves. Se abrazan.
Se acongojan. Pero no se olvidan entre sí.
Los párpados de la luna son testigos del núcleo de cartas.
El glaciar cenizo camina hacia la distancia.
No hay horizonte. Y no amar.

El oriente cargado como está de nubes diáfanas
se congela con el vientre del témpano nocturno.
Seamos cándidos candados del universo.
No abramos las puertas de Néfele, ceniza.
Yo cenizo encima de los árboles de los bosques
de la era digital. Como cenizaría el mar glaciar.

Carlos Jasso (Ciudad de México, 1991). Ha publicado en las revistas *Lenguaraz*, *Al pie de la letra*, *Trifulca* y *Más por más*. Actualmente trabaja como editor en la revista *Migala*.

Silvia Andrade, *La desazón*, fotografía con microscopio, 50 × 60 cm, 2009





Civet de jabalí

Antonio Jiménez Ochoa

FACULTAD DE MEDICINA-UNAM

Para ti, que no sabías rezar jaculatorias

Qué podría negarle a su presencia, a sus ojos neptunianos, a su sonrisa de Belcebú. Su cabeza de jabalí jadea de furia cada que su ropa no se plancha, cada que una arruga accidenta el terreno llano de sus pantalones de vestir. La camisa talla 46, a rayas, acomoda en un desajuste perverso su cuerpo abotargado, y no precisamente a lucir de los calzoncillos de Stefanello Bottarga. Usa las mejores esencias de maderas finas que se mezclan con sus humores abominables de tocino refrito y grasas saturadas, y es por eso que las moscas le persiguen semejando una turbamulta de obispos ortodoxos en procesión al presbiterio. Un espanto.

Ella, Diocelina, no le niega nada. Reza a cada momento. Hace rosarios a toda hora, en el alba y al ocaso, al mediodía, a las seis de la tarde, a las nueve y a las 9:43. Hace rosarios al espulgar los frijoles, forma abalorios de habas y lentejas. Hace letanías y canta salmos. Pide por ella y por el Señor Jabalí. Que llegue a destiempo, cuídanos en cada momento. Ampárame, Señor, no me abandones. Madre Santa, ruega por mí y por don Rómulo a quien le hago la limpieza, por su hermano muerto Remo; por don Caballo, el de enfrente, a quien le riego sus plantas y le cepillo las crines. Ruega por Macario el aguador y el señor gasero, por don Casasgrandes, el casero; por el señor de los tomates e Inodoro el plomero. Ruega por don Luis el abacero, el ejecutivo que ayer me atendió en el banco. ¡Oh, Señor! Pido en nombre del Señor Jabalí su destierro, pido por sus posesiones y sus mujeres extramaritales. Amén.

El Señor Jabalí llega a casa y antes de abrir la puerta echa un vistazo por la ventana. Diocelina siente su mirada traspasarle el pecho, siente el rozar de sus pupilas alineadas como si fueran sus manos toscas y raspadas trastocando su espalda blanca, sus maneras finas de niña inocente hecha una vieja, con piel color leche de vaca, de burra, de chocolate blanco, de luna, de polvo de perlas y conchas nacaradas. Presiente sus jadeos y sus pasos paquidérmicos, presiente cómo sus flemas lo van asfixiando en cada movimiento. Allí está el Señor Jabalí, el obtuso *voyeur* que vive en casa. Cómo desmentir su torpe visión tras sus lentes de mica gruesa, el olor fétido de su boca que se cuela a través de cada rendija que lo aparta mientras la observa, lo presiente y se hace la disimulada. Veinticinco años permitiéndose alcanzar una vejez llena de abandonos y oraciones, de salmos, de dedicarse a su hogar y a su marido.

Se oye la cerroja. El Señor Jabalí abre y cierra la puerta. Diocelina escucha la radio sin encenderla; pone atención a los cantos gregorianos. Se hunde en aquellas voces de eunucos angelicales: *Kyrie eleison, Christe eleison, Kyrie eleison*. Canta, se desvanece en el melismático ritmo que aquellos neumas susurran, que la llevan de una *virga* al *clivus*, a un efluvio de voces piadosas. Finge no escuchar el advenimiento del Señor de la Casa. Come las cáscaras de las pepitas de calabaza. Masca un pedacito de bolsa del súper, porque ahora son biodegradables y sabe que es bueno sólo un pedacito diario para evitar la inflación, los gases que deterioran la economía del hogar. Aquél da el primer jadeo, resopla, gruñe al agredir la paz de esa tarde.

Diocelina tira las pepitas en el cesto de inorgánicos.



Silvia Andrade, *La gracia*, fotografía con microscopio, 50 × 60 cm, 2009

No las come, nunca las ha comido. Acaricia la cabeza del Señor Jabalí y le ofrece su silla. Él pretende morderla, tiene hambre. Ella sabe que así son sus caricias, no lo entiende quien no lo conoce. Se niegan a reconocer que la evolución no es más que un invento de los seres humanos para sentirse superiores; siente lástima. Le entrega la correspondencia. Para el Señor Scrofa, Jabalí. Estimado Sr. Scrofa; Excelentísimo Sr. Scrofa: permítame informarle que debe el abono del refri y el agua, el predial, la luz, el teléfono, las abarcas de yute a la medida de sus pezuñas. Le rogamos su pago. El Señor Jabalí rompe las cartas, las tira en el cesto de renovables, sabe que su mujer las recoge para hacer los pagos. Diocelina sirve la cena. Lleva un gran plato con trufas y vegetales,

una almohada rellena de plumas, un oso de peluche bañado en salsa de óxido de zinc e hidróxido de calcio. Pide más, no se ha saciado. Le sirve ahora un rollo de papel higiénico en rebanadas, tres discos de acetato y de postre un kilo de algodón. Eructa y bosteza. Prende su puro hecho de papel de estraza retacadito de orégano y yerbas de olor, como el médico le recetó para eso de no peear demasiado. La bañera está lista, grita Diocelina mientras temple el fango con el codo, procura no irritar la piel del Señor Jabalí, siempre lo procura.

Mientras su marido toma el baño, ella enciende la tele. Oye las noticias sentada, dando la espalda al monitor. Se niega a ver sangre y arrebatos amarillistas, a saber de una guerra de narcos y narcos sin más decoro que su

guerra. Teje como su madre le enseñó, se harta y lo echa al cesto de orgánicos. Aumenta la violencia en el país, escucha del noticiero. Muertos, muertes y desbandados. Sube la gasolina. Hace cuentas, no alcanzará a comprar los 18 litros que toma su marido, tan necesarios para su salud con los requerimientos de plomo y manganeso que lo llevan a un estado psiquiátricamente estable. Piensa en comprar sólo 16. Espera que no le afecte. El Señor Jabalí sale del baño, se oyen sus pezuñas arañar la dueña. Diocelina le pone la pijama, le cepilla las crines y le unta vaselina para calmar la erección que lo despeina. Las moscas no tardan en llegar, en cantar a coro y mover obsesivamente sus alitas brillosas y repugnantes haciendo escándalo. Sale del cuarto, lo deja leyendo el libro vaquero. Escucha, mientras se aleja, su risa, su excitación.

Diocelina se mira en el espejo del pasillo. Observa sus ojos color de miel, sus labios delgados, su cabello claro, su piel blanca fastidiada por el sol y las arrugas que han maltratado su presente con su ayer lejano. Maldice su vida. Cómo pudo casarse con el Señor Jabalí. Quién le hubiera advertido de su metamorfosis, de su futuro. Quizá Ovidio escondía la respuesta en sus versadas historias, pero no cree que sea tan épica su transformación para ser parte de sus mitos. Prende veladoras e inciensos. Saca de la alacena un Buda, hace reverencia. Lo guarda, qué diría su madre de tales creencias. Pone su mano sobre la estufa incandescente, la retira al creer cumplida su penitencia. Comienza otro rosario. Reza. Enciende su cabeza, desea pecar, desea no preparar los duelos y quebrantos del Señor Jabalí en el desayuno. No besarlo, no dormir con él. Piensa en don Rómulo y sus brazos de atleta, en los ojos verdes que tenía su hermano Remo, en las crines sedosas de don Caballo, en los bigotes del señor aguador, en la voz del señor gaseero, en las patillas del abacero, en las herramientas de Inodoro, el más guapo de todos. ¡Cómo mira!, ¡cómo besa!, ¡cómo huele!, ¡cómo hace el amor!

Pasa el tiempo, come galletitas de nuez y arcilla remojadas en té de rábano. Maldice que la gravedad asalte con agravio su cuerpo. Se siente encendida y deseosa de aquel plomero advenedizo de tierra de dioses. Mañana arreglará las tuberías, mañana traerá las herramientas más prodigiosas e infalibles, las precisas. Fontanero pasional, dador de aguas impúdicas, exquisitas, que repara conductos y tuberías, quien procura el paso de fluidos milagrosos. Benevolente, indomable, sagaz, ágil.

El Señor Jabalí ronca, duerme profundamente. Diocelina saca el recetario catalán de su abuela. Recibirá a Inodoro con un manjar. Página 47. Civet de jabalí (con cebollitas y setas). Sonríe. Está segura de que le encantará. Tiene todos los ingredientes.

Dan las 9:43. Reza. Diocelina pide perdón por sus encuentros extramaritales, por sus pecados. Bien sabe que el Señor Jabalí nunca ha usado el soplete, un alicate de presión, no decapa con ingenio los residuos que el tiempo va dejando sobre la piel. Vuelve a rezar. Bendito Inodoro, te invoco a ti y a tu omnipotencia, he descubierto que entre todos estos dioses terrenales, tú eres el único...

Alma de Géiser, despedázame.

Cuerpo de Sol, incéndiame.

Agua del Cenote Sagrado, ensúciame.

Pasión de Bruto, revuélcame.

¡Oh, mi Amor! Sométeme.

Dentro de tu boca, devórame.

No permitas que me alejen de ti.

De otros amores, apártame.

En las llamas de tu fuego, extíngueme.

Y a la hora de mi muerte, llámame... Hazme el amor.

Para adorarte y creer en ti, como hasta ahora, por los siglos de mis siglos y tus siglos. Que así sea.

Diocelina renueva su oración. Comienza a picar los ingredientes del marinado. 🍷

Antonio Jiménez Ochoa (Ciudad de México, 1989). Es autor del blog *Con el cielo iluminado*. Formó parte del Taller de Creación Literaria de Casa del Lago, dirigido por Eurídice Román de Dios. Obtuvo el segundo lugar del concurso ANUIES 2006. Actualmente trabaja en su primera novela.

Sueño de una noche de otoño

Ana Martínez Casas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS

*Tu sexo,
una mariposa negra.
Y no hay metáfora:
entró por la ventana
y fue a posarse
entre tus piernas.*

Francisco Hernández, "Mariposa"

Comer alas de mariposa es un proceso extraño. Se te atorán entre los dientes y cuando sonrías puedes ver las hojuelas de colores embarradas en el sarro dental como diamantina.

En este lugar no existe el césped, sólo hay una capa crujiente de alas de mariposa monarca que cubre la tierra. Un día, los agricultores se hartaron de cultivar y cavaron tanto que creímos que el nife del mundo era una pelota de mariposas.

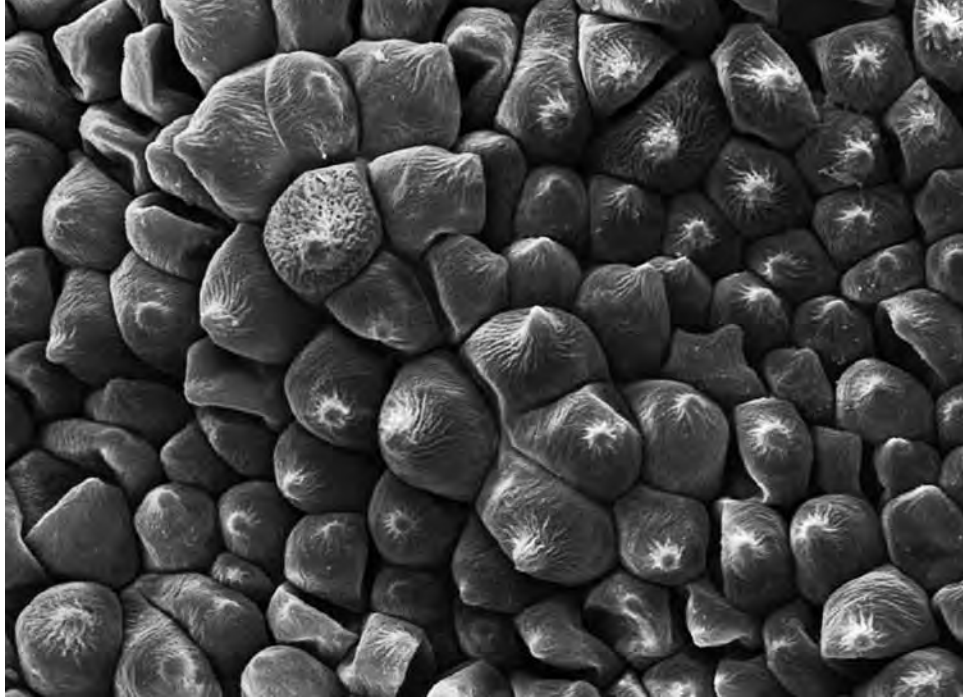
Así que, desde entonces, las ancianas tomaron montoncitos de alas crispadas y las usaron para hornear galletas con azúcar mascabado y nuez; pasteles Monarca o Mil Alas, cuya cubierta de dos centímetros de crema pastelera está corchada con las alitas filamentosas de tono ocre. Las obleas de invertebrado natural también son famosas, y cuando los jóvenes se besan, parecen aletear entre sus lenguas.

De niña, ayudé a una mariposa que tenía las alas rotas. La única viva que he visto en mi vida. La coloqué encima de una rosa parda y esperé a que volara hasta que me quedé dormida sobre el colchón anaranjado. Soñé que la Reina Mariposa, un hada con alas atigradas, me recompensaba convirtiéndome en ese insecto lepidóptero. Cuando desperté, la mariposa seguía ahí y la rosa tenía dos pétalos menos.

Cuando llueve, las alas lloran. Revolotean entre las gotas y se despedazan cual puré de calabaza con caramelo. El olor de las alas húmedas también es peculiar: huelen a lo que olería el musgo si fuera blanco.

Esa noche, las viejas me pidieron alas secas. Sólo había un lugar, entre los árboles decrepitos, donde los almohadones esponjados se marchitaban con la sal del viento.

No quería ir, era tarde, pero las *antiguas* insistieron. Dijeron que eran para Claude, que estaba embarazada. Tenía antojo, y no se le puede negar un antojo a una embarazada porque entonces el niño puede abrirse paso por su madre hasta morderle el corazón.



Silvia Andrade, *Lo suave*, fotografía con microscopio, 50 × 60 cm, 2009

Yo no había visto a Claude desde que quedó preñada, pero de todos modos fui.

La lluvia me lamía los hombros mientras yo chupaba su almíbar. Abría la boca grande, y a veces tomaba entre las manos un poco del caldo de rocío y alas, y pensaba que las viejas deberían preparar té de mariposas.

Se escuchaban los besos pluviosos, los pasos mojados. La nada cosquilleaba mis oídos.

El aleteo me sacó de mi ensimismamiento y me di cuenta de que había llegado al templo otoñal.

El batir de las alas era un cascabel sordo, una campana opaca. Mariposas.

Quería ver una viva otra vez.

Corrí y pensé que las asustaría con mis movimientos torpes, pero la curiosidad desgarraba cualquier intento de silencio.

Cuando el sonido se volvió tan nítido que incluso pensé que podía ver los decibeles cristalinos como a las gotas de lluvia, miré hacia el lugar de donde procedía el *poltergeist* acústico, y me detuve bajo unos árboles de hojas muertas.

En un claro, vi a Claude recostada sobre la hierba de mariposas con la espalda descubierta. Estaba desnuda. La espalda y los hombros sostenían unos pechos pequeños, que a su vez sostenían dos pezones erguidos como granos de café. La piel opal se acentuaba con el cabello de miel tostada que se esparcía por el suelo; y sus ojos, manchados de blanco, tenían más pequeño el iris, botón de tierra, que el diámetro de los óvalos nimios. Sus pupilas eran movedizas como fantasmas; estaba inconsciente, en una lipiria. De entre sus pechos sobresalía el vientre voluminoso y de él, un ombligo perfectamente esférico, como una media luna blanqueada.

Me acerqué un poco más, y me escondí tras unos arbustos de hojarasca.

Había algo junto a Claude. No. Había algo *encima* de Claude. Era una enorme mosca negra, con miles de lunares blancos sobre el rostro, que metía en Claude su pene

rojo y grueso, como su trompa que terminaba en espiral. Su lomo era cobrizo, y cada vez que el animal se movía, desprendía destellos metálicos.

No lograba distinguir la sustancia que lo cubría: no sabía si estaba repleto de alas monarca diminutas, que aleteaban rápidamente causando el zumbido; o si eran alas gigantescas, pero que daban la impresión de haber sido tazadas con la hoja de una navaja.

Era una mariposa.

Estuve a punto de gritar, mas no lo hice porque me di cuenta de que no estaba aterrorizada por lo que estaba viendo, sino porque mi cuerpo estaba respondiendo al estímulo del apareamiento. Mi entrepierna se humedecía, y mis pechos estaban tan hinchados que creí que rasgarían mi ropa.

Me estaba excitando al ver ese ritual: cómo las patas delanteras de la mariposa pisoteaban el cabello de Claude, cómo la mariposa lamía sus pezones y la trompa dejaba aguamiel en la punta de sus pechos.

Llevé una mano entre mis muslos, quería acariciar mis labios y meter la punta de un dedo. Mi respiración se entrecortó, sentí los chorros de sangre presionando mi clítoris. Entre jadeos, me acerqué al tronco de un árbol. Saqué la lengua y lamí el líquen marchito de la corteza, empapado de lluvia. Tomé un puño de alas secas que se escondían bajo las hojas de los arbustos, y me las llevé a la boca hinchada. Mastiqué las alas y mordí algo así como un pedazo de madera despostillada. Debió ser una rama.

De pronto, el sonido cesó, y lentamente un zumbido carrasposo contuvo mi aliento. Las alas del insecto se detuvieron, y expulsó el néctar de su falo hacia la vulva de Claude, al tiempo que el ombligo de ella sangraba. De la grieta de su ombligo brotaron miríadas de mariposas monarca minúsculas, que el gran insecto, el Rey de las Mariposas, devoraba con su trompa color cereza.

Entonces, una imagen aterradora embriagó mi cabeza: supe que Claude estaba muerta, y que su vientre había sido un capullo todos esos nueve meses.

Salí corriendo de ahí. Aunque no vi hacia atrás, imaginé al insecto siguiendo mis pasos, que mojaban y rompían las alas, volando hacia mí con su pene erecto y con forma de espiral.

Llegué a mi cuarto, y traté de calmar el temblor de mis piernas. Una gota del sudor de mi frente cayó y se mezcló con el charco de agua de lluvia y pedazos de alas que estaba a mis pies.

Me senté sobre la cama y escuché algo por la ventana. Volteé, y sobre una rosa parada, una mariposa monarca movía ligeramente sus alas.

Sobre mi almohada, dos pétalos. 📍

Ana Martínez Casas (Cuernavaca, 1990). Cuentista. Ha asistido a numerosos talleres de narrativa y creación literaria, y al Curso de creación literaria para jóvenes 2010, impartido por la Universidad Veracruzana y la Fundación para las Letras Mexicanas. Ha publicado en las revistas *El puro cuento*, *400 elefantes*, *Rawr!*, *Los habitantes de Moria* y *La Piedra*, así como en la antología de cuentos *Veinte cuentos para leer en...* (EdicioneZetina, 2010). En 2009, participó en el Tercer Virtuality Literario Caza de Letras convocado por la Dirección de Literatura de la UNAM. Actualmente es beneficiaria del Programa al Estímulo de la Creación y al Desarrollo Artístico de Morelos 2011. Es autora del blog *Mórtido* (<http://lunaencajada.blogspot.com/>).

Esto no es una postal

Adriana Armenta Alvarado

ESCUELA NACIONAL DE ARTES PLÁSTICAS-UNAM



I, imagen digital, 8 × 10 pulgadas, 2011

Adriana Armenta Alvarado (Ciudad de México, 1985). Desarrolla su trabajo en las áreas del grabado, la gráfica digital y la fotografía, participando en exposiciones individuales y colectivas.



II, imagen digital, 8 × 10 pulgadas, 2011

Repress

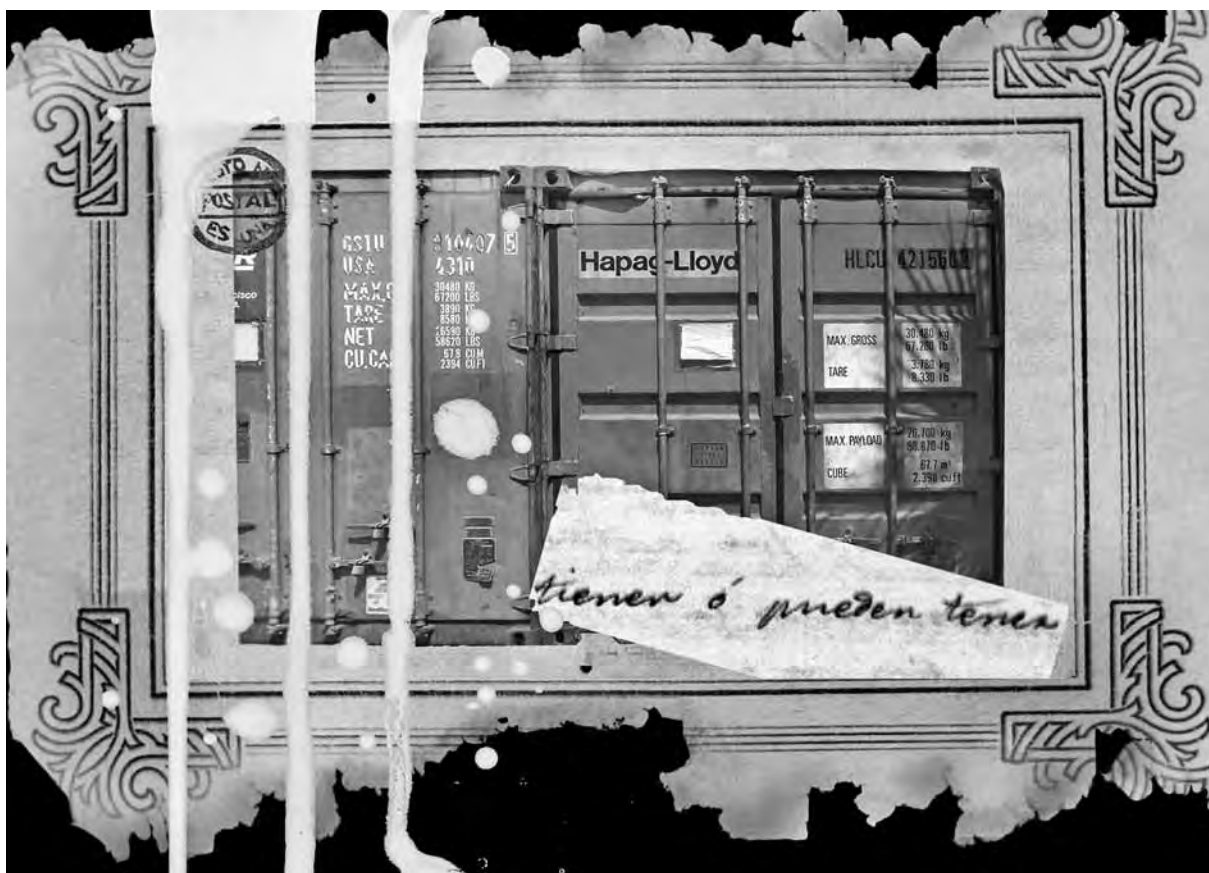




III, imagen digital, 8 × 10 pulgadas, 2011



IV, imagen digital, 10 × 8 pulgadas, 2011



V, imagen digital, 8 × 10 pulgadas, 2011



VI, imagen digital, 8 × 10 pulgadas, 2011



VII, imagen digital, 8 × 10 pulgadas, 2011

El ensayo en la práctica

Eduardo Huchín Sosa

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

Parecería que el ensayo es una buena forma de ejercer la literatura en la vida práctica. Mientras la poesía y la narrativa son géneros a los que vemos aún con romanticismo, se diría que con fe, el ensayo nos mantiene saludables. La novela es esa cosa que se construye poco a poco mientras se practica el ensayo cada semana. La misma relación que existe entre el amor y el sexo. El ensayo es la mejor manera de seguir en la mira pública mientras hacemos a escondidas eso otro que consideramos verdadera literatura.

Posiblemente el ensayo tenga que ver con sobrevivir, con librar los días carentes de historias o poesía, pero en los cuales hay que convencerse de que uno es escritor. Para esos momentos aciagos siempre podremos recurrir a nuestras lecturas, a someter la realidad al análisis o a cumplir cualquier encargo con eficiencia. Género a contrarreloj —subordinado como ningún otro a un plazo a punto de vencerse—, el ensayo nos inmiscuye de una vez por todas lo que sucede en el mundo, la literatura y con frecuencia nuestras vidas.

Pocas cosas tan complicadas como hablar de un autor y también pocas cosas tan recurrentes en la vida de quien escribe.¹ Los editores de los suplementos cultu-

rales asumen que un ensayista puede ser llamado cada que un escritor hace eso que suelen hacer los escritores: cumplir décadas, sacar un nuevo libro, decir que no escribirán más, ganar el Nobel o, en el último de los casos, morirse. Y eso no es lo peor, porque aún después de muertos sus obras seguirán reeditándose y cumpliendo años. ¿Cómo llega uno a una mesa redonda, a un *dossier*, a un reportaje? Es decir, ¿cómo se mete uno a este negocio?, ¿qué tipo de infancia forma al futuro comentarista de la literatura?²

El ensayo, hay que decirlo, es un género sin heroísmo. Es decir, en tu currículo nunca aparecerán las amenazas de muerte, porque en cuestión de oficios la amenaza de muerte es lo que separa al escritor de ensayos del periodista. Nadie pide seguridad para un escritor de ensayos porque hasta ahora no conozco al ensayista que viva con el temor de que un ancla le caiga a mitad de una conferencia. No hay peligro, sino apenas miedo de perder no la cabeza sino algunas cosas prescindibles, como las becas, los amigos o las oportunidades de asistir a más encuentros.

Una paradoja: a pesar de que el ensayo se considera un género narcisista presenta demasiadas desventajas para la vanidad. A menos que te llares George Steiner,

¹ Escribir sobre escritores es la cosa más complicada del mundo. Los ensayos que hablan de grandes autores son como la ropa diseñada sobre las modelos de Victoria's Secret. Nos garantizan más miradas, pero corremos el peligro de no añadir nada a lo que todo mundo ya vio. Los cuerpos perfectos como las prosas admirables tienen un problema: son propensos a las obviedades. Sí, diseñar para Gisele Bündchen o escribir sobre Tolstói es fabuloso porque la gente se arremolinará alrededor de la pasarela o la revista, pero ¿cuántos de esos lectores verán nuestra creatividad separada de lo que Tolstói y Bündchen ya son en sí? Son pocos diseñadores que pueden sobresalir a una constelación de brasileñas,

como son pocos los ensayistas que sobreviven a la literatura rusa. Por eso hay que alternar a las supermodelos y los clásicos con la ropa casual para los obesos y las reseñas sobre nuestros contemporáneos.

² Tengo una hipótesis basada en mi niñez: el ensayista tiene problemas con la ficción desde los cinco años, quizás seis. Mi mamá me contó una vez que las veces en que intentaba relatarme “La Caperucita” antes de dormir, yo siempre pedía que me narrara una versión en donde no hubiera leñador y otra en donde Lobo y Abuela fueran la misma persona.

nadie te leerá por quien eres, sino por el autor de quien hablas. Es aquí cuando hay que bendecir a aquellos testistas que compran cualquier libro donde aparezca el nombre de “su” autor, pues son como aquellas adolescentes que consumen cualquier chamarra con la firma de Justin Bieber. El ensayista es, a veces, como el vendedor de souvenirs que nos aborda a las afueras del concierto: tazas de Proust, llaveros de Paz, un encendedor para iluminar a Thomas Pynchon. Sus productos dependen en demasía de un nombre famoso para llamar nuestra atención. Los libros de ensayos —salvo por la celebridad que los avale o por algunas palabras clave que los vuelvan rentables: hermenéutica, violencia, precio de saldo— carecen de interés comercial, de emociones para el viaje, de entretenimiento para las salas de espera. Son material para los obsesos, adicciones extra para quienes, de por sí, se consideran ya adictos a la literatura.

Por eso, si eres un autor joven, ten la seguridad de que los ensayos no te servirán para alcanzar el estrellato. Una primera novela deslumbra, un libro de poemas otorga renombre o, al menos, un premio con el cual iniciar una carrera; pero los ensayos son aparatos demasiado útiles para ser vistos como algo más que literatura ancilar. Al igual que los inodoros de Duchamp, necesitan un marco que los legitime como arte: la trayectoria del autor, por ejemplo. Su principal función, por lo menos en este país, es servir de *ars poética* para los escritores serios, esos que ya demostraron su efectividad en la ficción o la poesía. Porque, además, ¿qué novelista que se respete no siente en algún momento de su vida la necesidad de utilizar el ensayo para establecer su canon personal, revelar su maquinaria creativa, o simplemente para meterse en alguna discusión que lo ponga de nuevo frente a los reflectores?

El altercado. He ahí una alternativa rentable para los escritores jóvenes, a quienes no les cuesta hablar de libros. Como rockeros cada vez más dispuestos al escándalo, el medio literario ha llevado a los nuevos ensayistas a confundir la polémica con una especie de pleito carcelario por correspondencia. Para hacerse un nombre, el ensayista contemporáneo se ha visto obligado a atacar a un puñado de autores reconocidos o pulverizar a las nuevas generaciones, y esperar que alguien de ellos

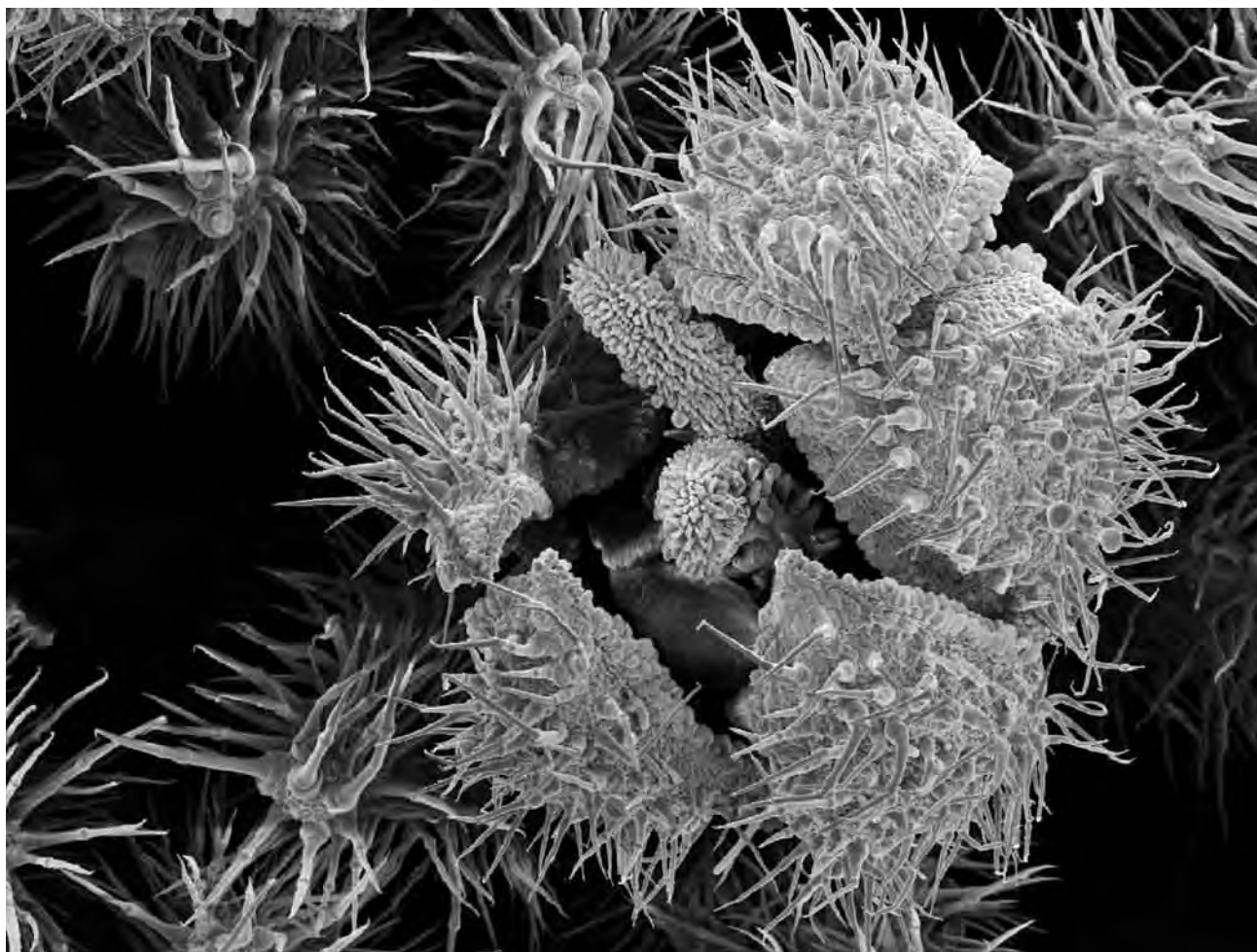
responda. Dado que decapita autores, ayuda a vender libros y consume literatura, el ensayista es al mismo tiempo *zeta*, *dealer* y farmacodependiente.

Reconozcamos que, a pesar de este gris panorama, siempre queda abierta la posibilidad de que el ensayista salga del anonimato. Lamentablemente eso sólo acontecerá el día en que incurse en algún género de verdad. La novela, por decir algo. Según estimaciones del INEGI, en México un ensayista a secas tiene 40 por ciento más probabilidades de morir sin ser recordado que cualquier otro tipo de escritor (aunque según esas mismas estadísticas, un poeta tiene 56.7 por ciento de probabilidades de no publicar fuera de las ediciones gubernamentales y un narrador aún inédito tiene 78 por ciento de posibilidades de ser en realidad un ensayista o un poeta encubierto). Los números parecen decir: no te arriesgues al ensayo a menos que tengas en este momento una novela en el cajón de urgencias de un dictaminador.

Y uno se pregunta ¿por qué la fama, y aún peor, el reconocimiento, le están negados a quien escribe ensayos? En primer lugar, el ensayista no acostumbra a esconderse por dos años y después dar a la imprenta una obra maestra. Siempre anda publicando aquí y allá. Habla de libros en periódicos y revistas y la mayoría de las veces escribe a pedido de un editor.³ Con ese ritmo de escritura, rara vez el ensayista llega a una obra cumbre y, a lo más que aspira, es a conformar el material para una antología póstuma que se respete. El ensayo existe precisamente como un certificado perceptible de salud, una suerte de caminata en lugares públicos que corrobora la vitalidad de quien se ha tardado demasiado redactando su siguiente libro. Si hubiera que inventarse de nuevo, sería difícil que el género ensayístico surgiera en nuestros tiempos de una torre de Perigord.

Conscientes de lo anterior: ¿qué interés supone embarcarse en un tipo de literatura que no da lectores, ni

³ La idea de escribir por encargo no es del todo mala. Como ha afirmado Francis Ford Coppola: “Me gusta la idea de los encargos y creo que le gusta a los artistas. Una cosa es sentarse a averiguar si uno va a volcar el alma en el papel o no; a veces es un alivio que alguien proporcione un concepto sobre el que trabajar.”



Silvia Andrade, *La mordedura tajante*, fotografía con microscopio, 50 × 60 cm, 2009

groupies, ni riesgos, ni siquiera muchos premios? Aventura una respuesta: la valfa práctica del ensayo se encuentra en su disposición para la estafa. El ensayista es uno de esos impostores que se la pasan engañando a universidades, revistas y editoriales, y sale impune de cada uno de esos episodios. La mejor forma de timar al Conacyt es convertir un ensayo en tesis doctoral, o en caso de que se prefiera ganar el premio José Vasconcelos, siempre está la posibilidad de convertir la tesis en ensayo. ¿Ser publicado en el periódico, aparecer en revistas, justificar la presencia en un congreso sobre literatura? Ensayos, ensayos y más ensayos traficados a

manera de artículos, crítica literaria o ponencias. La maleabilidad de su prosa le otorga al ensayo esa libertad para encajar en una variedad de etiquetas, y dar el paso desenfadado de la revista indexada a la publicación de creación literaria. El ensayo es la moneda de cambio entre la academia, el arte y la lectura de páginas web en horas de trabajo. Nos parece práctico y, cuando viene con la firma de un novelista, hasta literario. No concede ningún estatus, pero ayuda a conservar una reputación (en caso que tuviéramos alguna).

Sin embargo, todavía hay una lectura más, una posibilidad para el género, que es donde me gusta incluir-

me: la del ensayo como fracaso de escritura. Me explico: a cierta edad uno sólo concibe su vida en formatos épicos: la novela, el poema extenso, el tratado filosófico, el *menage à trois*. Con el tiempo, con los libros, uno descubre que no tiene otra alternativa más que fracasar a través de los apuntes, el verso en la servilleta, el ensayo literario o la monogamia.

Es decir: el ensayo es eso que queda cuando quisimos hacer otra cosa. Como la biografía. Nos quita tiempo para escribir malas novelas, y un mal ensayo nunca es un desperdicio, porque al menos puede convertirse en algún texto provechoso, digamos la bibliografía de un estudiante universitario. Precisamente, porque se trata de un descalabro que —en el peor de los casos— terminará siendo útil, resulta el marco propicio para el autorretrato, eso que los tradicionalistas aún llaman “el estilo”, y que en variadas ocasiones no es sino el memorando de que no pudimos llegar a donde nos habíamos propuesto. El estilo, ha dicho Rodrigo Fresán, es el fantasma de las carencias de cada autor, más que de sus virtudes. Y ya que el estilo algo tiene de resignación, el ensayista aspira a que si va a naufragar, que por lo

menos quede constancia del hundimiento. El ensayo es su desastre y su crónica.

Exceso de equipaje en las Obras Completas de los escritores, los ensayos constituyen la condena de lo nunca concluido. De ahí que uno no quiera ser sólo ensayista. El escritor mira a la posteridad y no encuentra la catedral a donde los lectores vayan a rendirle culto. Y se entiende: el autor de ensayos es un urbanista que nos ha entregado una ciudad llena de obras negras. ¿Qué canon tomaría en serio a un tipo así? Máxime si la inmortalidad le da por ignorar todas esas ocasiones en que edificios a medio construir nos han servido para pasar la noche a tanto lector vagabundo, escéptico, desconfiado de la vida y de los libros; y porque la mayoría de las veces, los autores escribimos no pensando en la literatura, sino en la historia de la literatura.

El ensayo es una anomalía, una variante de la egolatría que para hablar de sí recurre a escritores mejores. ¿Hay un mejor pretexto que ése? En pocas ocasiones, y he aquí el mejor motivo para escribirlo. Malograr la literatura se ha visto simplemente como “hacer literatura”. ●

Eduardo Huchín Sosa (Campeche, 1979). Ha compilado sus ensayos en *¿Escribes o trabajas?* (Tierra Adentro, 2004) y en los libros colectivos *Inventa la memoria* (Alfaguara, 2004), *Novísimos cuentos de la República Mexicana* (FETA, 2005), *El hacha puesta en la raíz* (FETA, 2006), y *Contra México lindo* (Tumbona, 2008). Ha publicado crónicas y artículos en *Tierra Adentro*, *Replicante*, *Etcétera*, *Luna Zeta*, *Los perros del alba*, *Hermano Cerdo* y *Luvina*. Recientemente resultó ganador en el Concurso de Crítica de la revista *Letras Libres*. Mantiene la bitácora personal <http://tediosfera.wordpress.com> y el blog sobre porno <http://atranquearelzorro.blogspot.com>

La vida en la montaña (Pinabetal, Chiapas)

Manuel Enríquez Salazar

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES-UNAM







Casa de luz, imagen digital, 15.5 × 25 cm, 2010

Páginas 50-51: *Quién soy*, imagen digital, 14 × 24 cm, 2010



Vuelo eterno, imagen digital, 25 × 20 cm, 2010



Puerta a un nuevo día, imagen digital, 25 × 15.5 cm, 2010



Jugando al trabajo, imagen digital, 18 × 25 cm, 2010



Pueblo del cielo, imagen digital, 14 × 25 cm, 2010





Atardecer en la montaña, imagen digital, 17 × 25 cm, 2010



Inocencia, imagen digital, 25 × 17 cm, 2010



Mirada, imagen digital, 17.5 × 25 cm, 2010



Pureza, imagen digital, 17 × 25 cm, 2010

Manuel Enríquez Salazar (Ciudad de México, 1990). Ha publicado fotografías en la revista *Zócalo*.

Juan y los otros ven crecer la hierba por sí sola (una biografía en resumen)

Gonzalo Andrés Rojas González (Martín Cinzano)

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM

1

Hay en el Eje Central Lázaro Cárdenas, casi en la esquina sur-poniente con la Avenida Ricardo Flores Magón, un refrigerador blanco de proporción mediana donde se lee: “Aguas Frescas”; desde ahí, es posible observar el espacio interior de una especie de cueva pintada de amarillo e intervenida con diversos carteles que anuncian toda una variedad de antojitos mexicanos acompañados de sus respectivos precios. En la parte más visible de aquella cueva (llamada, también, “de los feos” por una conocida lavandera del barrio), a unos treinta centímetros del refrigerador, podemos ver una mesa para cuatro personas cubierta por un mantel de plástico color azul, sobre el cual reposa el ejemplar de una edición matutina del periódico *La Prensa*, de cuya primera plana son perfectamente visibles al menos dos cosas: primero, un titular con letras negras que pone CANIBALISMO, y, segundo, una fotografía que muestra el torso desnudo de una mujer cubierto de sangre y salpicaduras de lodo. Sobre dicha fotografía —a cuyos pies se encuentra también un retrato hablado del presunto asesino— se posan atentamente los ojos del cocinero Juan Hernández Rivera, a quien tenemos sentado a aquella mesa, mecándose de una manera casi imperceptible.

2

Cerca de mi casa, está el local de comida de Juan. No es un puesto callejero como los que hay en todas las esqui-

nas de México, pero tampoco se puede decir que sea un restaurante: apenas tres o cuatro mesas en su interior, y una barra corta en la que te acomodas como puedes. Hay tortas de milanesa, jamón, huevo, pierna y mixtas; también hay tacos de bistec, pollo y longaniza, además de sopes, mole, enchiladas verdes y rojas, tostadas de pata y pollo, caldo de gallina, caldo de camarón, pancita, y algunos días, sólo algunos días —cuando Juan está de humor—, pozole. Juan, según él, cocina muy bien, y se jacta de ello ante la indiferencia de los cuatro o cinco parroquianos que lo acompañan por las noches, hombres que oscilan entre los 30 y 60, solteros y divorciados: la verdad, siempre llegan solos.

La reunión de estos tipos ha derivado en un clan bastante heterogéneo y un poco bizarro: aparte del inevitable cocinero, en el local comparecen un herrero, un músico, un karateca, un contador, un hojalatero, un ex boxeador de respeto y hasta un extranjero con ínfulas de poeta. A simple vista, no hay nada llamativo en este grupo; nada, tampoco, poseen estos tipos en común, salvo un talento muy especial y bastante desarrollado para la época: aquella asombrosa capacidad para llevar la contraria y joder la vida por joder la vida. Dirás cualquier cosa, aventurarás cualquier teoría, intentarás explicar con elocuencia que una rosa es una rosa es una rosa, y por toda respuesta recibirás un “nel”. Hombres escépticos, curtidos, acodados en la barra, discutiendo sin concesiones sobre lo que sea con el placer de no hacer absolutamente nada, dejando pasar el tiempo mientras ven crecer la hierba por sí sola.

Juan Hernández, conocido también como “Juan el paisano”, “Juanito Alimaña”, “Juan Tortas”, “Juan



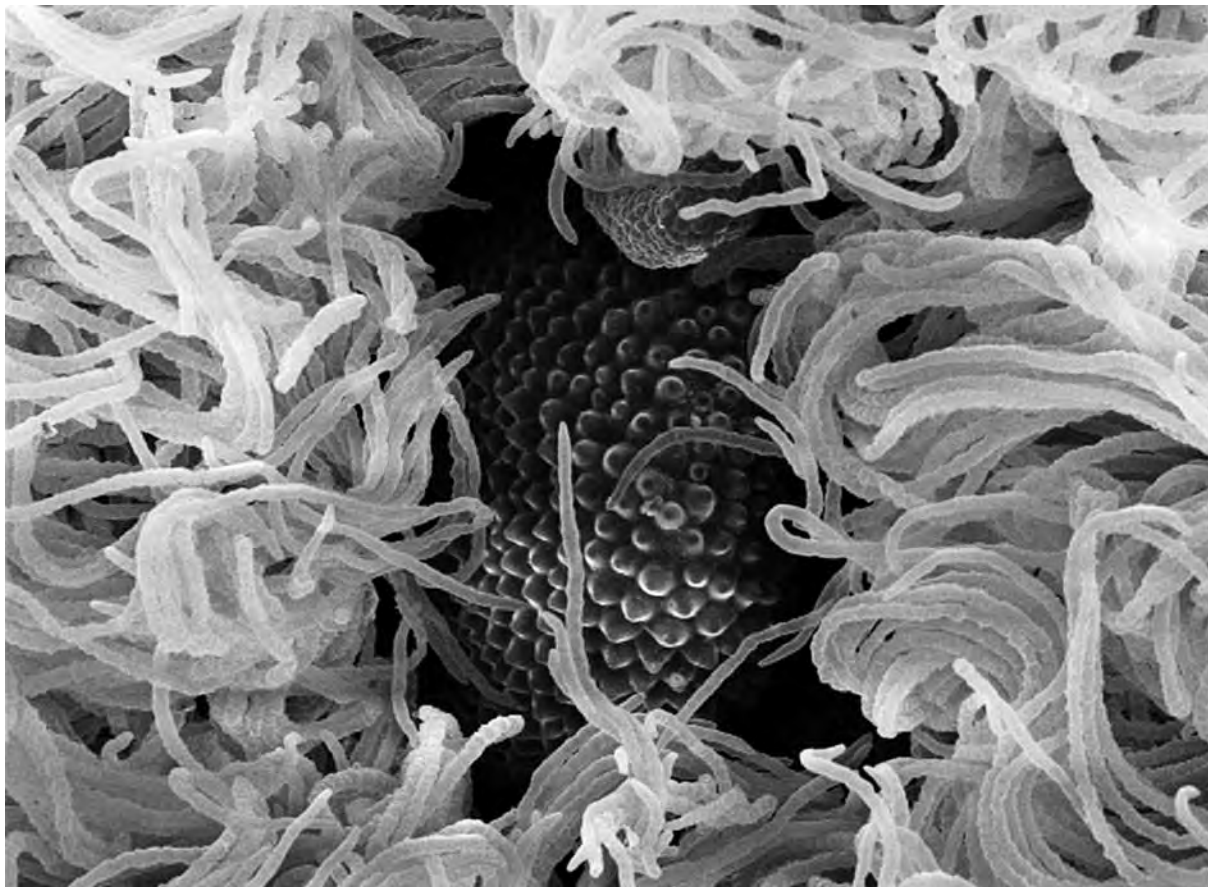
Silvia Andrade, *El ejército*, fotografía con microscopio, 50 × 60 cm, 2009

Haragán”, “Juanito Guanabacoa”, “El pozolero” o “El taquero vengador”, es considerado por quienes lo frecuentan diariamente como un tipo curioso, en el doble sentido de la palabra curioso, es decir, por un lado se lo considera un tipo extraño, rayano en lo excéntrico, con una lógica muy personal y bastante testaruda, y por otro, en algunas ocasiones es visto como alguien que posee las desmesuradas expectativas de llegar algún día a saberlo todo.

Nació en octubre de 1960, en Alpoyecá, estado de Guerrero, que por nada del mundo el lector debe confundir con Alpuyecá, estado de Morelos. Hijo de Guadalupe Hernández, comerciante y chofer de tráiler, y de Dolores Rivera, cocinera (de quien puede decirse que heredó algunas —pero sólo algunas, como es el acuerdo entre sus parroquianos— habilidades culinarias), Juan cursó la primaria en la Escuela Juan Ruiz de Alar-

cón a la par de su actividad como jornalero en el campo, donde junto a su hermano Jaime cortaba chile, tomate y jitomate. Posteriormente, emigró a Chilapa, Guerrero, localidad en la que cursó la secundaria y donde tiempo atrás se había establecido su padre.

En 1976, a los 16 años, Juan se trasladó al Distrito Federal: ahí dio comienzo a un ininterrumpido peregrinar de trabajo en trabajo, como cantinero, mesero, garrotero, botanero y cocinero. Pasó por las cantinas Nueva York de la colonia Guerrero; La Flor de Oaxaca del Centro Histórico; Aquí es Madrid (hoy desaparecida), en la colonia Santa María la Ribera; La Muralla, en la colonia Centro; La Reforma del Pato (también desaparecida) en la intersección de las calles Luna y Eje Central; La más Barata en la calle Luna, frente a la Plaza de Los Ángeles de la colonia Guerrero; y El Nivel (cerrada de manera infame hace unos pocos años), en la calle Mo-



Silvia Andrade, *Oscurecimiento de la luz*, fotografía con microscopio, 50 × 60 cm, 2009

neda. Trabajó en restaurantes de más alcurnia como el Prendes (ubicado frente al abandonado cine Olimpia), donde Juan, que aspiraba al puesto de mesero, debió conformarse con el de garrotero, debido a su desconocimiento del idioma inglés. Por esas mismas fechas, junto con su hermano Jaime, instaló una tienda miscelánea en la colonia Caracol, negocio que no dio mayores frutos y que al poco tiempo debió cerrar. Luego, y después de acabar un curso sobre diversas actividades relacionadas con la gastronomía en el Centro de Capacitación para la Industria Restaurantera y Hotelera, consiguió trabajar como mesero y aprendiz de cocina en una sucursal de Sanborn's, en la colonia Tabacalera, tiempo en el cual además alcanzó a cursar tres semestres nocturnos en la Preparatoria Cervantes.

Posteriormente ingresó como ayudante de cocina al Cas-Bar, en la colonia Centro, para luego trasladarse, en calidad de cocinero, al “viejo” Garibaldi, mucho tiempo

antes de que ahí se estableciera el actual mercado de comidas. Más tarde, volvió a trabajar de mesero, esta vez en el restaurante Gibraltar en la colonia Santa María la Ribera: para ese entonces, Juan andaba por los 18 años y se había asentado, con su madre, en una casa de la colonia Caracol, en la Delegación Venustiano Carranza. Poco tiempo después, con el inmediato objetivo de aprender inglés y así alcanzar puestos de trabajo mejor pagados, Juan decidió matricularse en una escuela de idiomas ubicada en Eje Central y Donceles, lugar donde conoció a Olga Ramírez García, con quien, un año más tarde (1979), se casaría en una ceremonia cuya principal característica fue la austera sobriedad si se la compara con la fiesta matrimonial de su hermano Jaime, para cuya ocasión se sacrificaron 25 borregos, 150 cartones de cerveza, una cantidad similar de botellas de tequila y 20 ollas de pozole y mole de guajolote.

Gonzalo Andrés Rojas González (Martín Cinzano) (Guayaquil, 1977). Es coeditor de *Revista Descontexto*. Ha publicado cuentos, poemas, crónicas y ensayos en revistas impresas y electrónicas. En 2008 obtuvo el Premio Nacional de Crónica Urbana Manuel Gutiérrez Nájera.

Junto con Olga, Juan se trasladó a vivir en una casa de Villa Coapa, en la que, en 1980, nació su hija Carolina, hoy radicada en Alemania y de quien Juan sólo tiene esporádicas noticias. Los primeros tiempos en Villa Coapa el lector perfectamente se los puede imaginar como una época de relativa tranquilidad y mucho ahorro. Acto seguido, se puede suponer que una vez conseguida la suficiente cantidad de dinero para instalar su propio negocio de comidas, Juan inauguró la misma fonda donde lo vemos ahora, sentado, leyendo el periódico. Sobre el techo de ese local —cuya dirección exacta es Eje Central Lázaro Cárdenas número 282— existe un cartel de aproximadamente 2 × 3 metros en el que se intuye la existencia de unas letras que acaban siendo ilegibles debido a la gran cantidad de polvo acumulado sobre ellas. Pero como esas letras en tiempos remotos sí fueron perfectamente legibles, se debe decir que el hoy desapercibido cartel anunció, alguna vez, TAQUERÍA LA FOGATA, un nombre que a decir verdad nadie jamás utiliza para referirse a “donde Juan” o “Juan Tortas” o “Juanito Alimañas” o “Juan paisano” u “onde Juanito”, y que, para ser francos, ni el propio hombre que hoy está sentado leyendo el periódico es capaz de explicar.

3

Variados son los temas que tocan los parroquianos de Juan: el enredo espantoso y sin solución de la historia y la política mexicanas; el dinero, el dinero y el dinero; las ratas de dos y cuatro patas de la colonia Guerrero

y su imposible exterminio; la estupidez de los gringos, la estupidez de la televisión, y el dinero; el futbol, el dinero y el boxeo (“ningún país ha tenido tantos campeones como México, en todas las categorías”); el devenir errático de las estrellas nacionales de la pornografía casera; la sorprendente variedad de ceniceros que hay en los hoteles de la colonia Guerrero; los posibles caminos que hubiera podido seguir la trayectoria de Pedro Infante de no haber muerto tan joven (y la conveniencia, finalmente, de que así haya sido, aunque ¿quién dilapidó todo su dinero?); la grandiosidad inabarcable, inmortal e irreplicable de José Alfredo Jiménez comparada con la morbosidad aberrante, perecedera y maloliente de sus imitadores que se han embolsado el dinero; y los dos temas recurrentes y favoritos, acerca de los cuales se exponen todos estos polemistas: las películas de espías, por un lado, y las-mujeres-y-el-dinero, por otro.

Sobre el primero, demuestran una experticia temible y escrupulosa, aun cuando la inexactitud de las fechas de algunas películas y el disenso acerca de algún espía célebre o mediocre siempre dan anzuelo para una que otra disputa irresuelta. Sobre el segundo de los temas preferidos, al parecer se pueden distinguir dos bandos, limitados por la experiencia de lo vivido: los divorciados y los solteros. Los primeros, entre los que está Juan, son irremediabilmente cínicos, violentamente ingenuos, ese tipo de hombre que te da consejos sobre cómo lograr la domesticación sexual de una mujer a base de dinero, mientras roe furiosamente un ala de pollo.

4

La Fogata no siempre ha funcionado de igual manera. Los primeros tiempos debieron sucederse bajo el ritmo de una bonanza vertiginosa, principalmente gracias a la gran cantidad de clientela proveniente de la, por ese entonces, Torre de la Secretaría de Relaciones Exteriores ubicada en Tlatelolco. Esto le permitió a Juan comprar un taxi que él mismo conducía, mientras el local era eficientemente administrado por Olga y atendido por un par de meseros contratados. El dinero seguía produciendo más dinero todos los días y la clientela no mermaba hasta la madrugada. Entonces fue cuando Juan, “El Magnate Pobre de Alpoyecá”, comenzó a derrochar. No es posible mantenerse toda la vida como un chico trabajador y disciplinado. Al menos, no para Juan, que empezó progresivamente a irse de juerga, a pagar las rondas de todos y a encamarse con mujeres. Principalmente eso: encamarse con mujeres. Nada del otro mundo, nada que el local y el taxi no pudieran, en su momento, cubrir. Hasta que Juan empezó, ahora sí, a despilfarrar a lo grande, sin poder prever (¿quién tiene ganas de hacerlo en un momento de gloria?) la caída. A una de aquellas mujeres (una mujer a quien el lector puede en estos momentos atribuir cualquier aditamento producido por su más obscena imaginación) le compró un departamento, endeudándose más o menos por la misma época en la que la Secretaría de Relaciones Exteriores cambió de sede y todo empezaba a irse, de un día para otro, a la basura.

Simplemente, ya casi no había clientela, y Juan, en un reflejo algo desesperado, vendió el taxi. La vida de

pronto se había puesto un poquito tensa. Pero Juan, sin más remedio, buscó alternativas. Cerró el local de comidas y ahí mismo, donde antes se guisaban enchiladas, tacos, caldos, tortas y todo tipo de antojitos mexicanos, abrió una peluquería con el acostumbrado nombre esotérico de las peluquerías: Géminis. Olga, imperturbable (nacida bajo el signo de Tauro), administraba; Juan (Libra), con dos empleados contratados por él, se dedicaba a cortar el cabello e inventar peinados sobre las cabezas incrédulas de esos mismos a quienes sólo ayer ofrecía de comer. Aquí sucedió algo para mencionar: los dos muchachos que acompañaban a Juan eran homosexuales y como tales adquirieron cierta fama en el barrio, lo cual, en algún sentido, beneficiaba la publicidad amarillista de Géminis y daba pie a suposiciones varias y a habladurías de toda índole, motivadas no tanto por el hecho de tener como empleados a dos tipos abiertamente homosexuales —cuestión, como es sabido, muy común en todas las peluquerías del mundo—, sino más bien por el espectáculo que debió significar ese verdadero teatro de melodramas llamado Géminis: a uno de esos empleados (según se dice, Capricornio) le ocurrió enamorarse perdidamente de nuestro amigo Juan. Y el asunto acabó mal, es decir, acabó con un despido injustificado y con demandas en los tribunales.

Pero a pesar de tanta publicidad sensacionalista, la peluquería no marchaba bien. Juan, transcurrido un tiempo, prefirió volver a sus labores gastronómicas, con lo cual La Fogata volvió al redil luego de haber pasado por la época novelesca de Géminis (y tal vez Géminis, o el espíritu de Géminis, se encuentre todavía agazapa-



Silvia Andrade, *La necesidad juvenil*, fotografía con microscopio, 50 × 60 cm, 2009

do ahí, esperando una nueva oportunidad —otro descuido de Juan— en algún lugar de La Fogata).

5

“Búscate una mujer que te trate bien”, me han dicho; “claro”, les he contestado; “una que se preocupe por ti”; “evidente”, les he dicho; “que no se gaste toda tu lana, que no te pida más de lo necesario, que no se largue cuando quiera...”. “Tendría que estar loco para casarme”, les he replicado entre dientes, “pero prefiero a las mujeres que trabajen y tengan su plata”, rematé, cretino y liberal, y entonces me han mostrado una mueca de reprobación y me han gruñido: “si trabajan se lar-

gan, cabrón...”. “Pues, qué más da: si se largan, se largan”, he pensado un poco divertido: “siempre es preferible eso a cualquier otra tortura innecesaria, ¿verdad?” “Ah, qué chileno..., por eso estás soltero, güei”, me dice Juan, leyéndome el pensamiento, mientras pasa una jerga por la barra y se ríe; “Juan, Juan”, le respondo yo sin contenerme, “por eso eres un pendejo divorciado”, y entonces se ha quedado mirándome serio, y yo he pensado en que tal vez hubiese sido mejor no abrir la boca, más que mal es un exceso de confianza, y justo cuando estoy sopesando la posibilidad de largarme de ahí, molesto conmigo mismo, los demás han lanzado una carcajada descomunal que Juan ha celebrado dándome palmaditas en la espalda, como diciendo “buen chico, no sabe nada de la vida, pero es divertido”.

6

Las cosas, con un poco de paciencia, podían ir mejor. Juan advirtió que el traslado de la gente de Relaciones Exteriores había sido sin duda un duro revés para sus pretensiones empresariales, pero eso no significaba precisamente la ruina. Alrededor de la esquina de Eje Central y Flores Magón sobrevive una serie de locales destinados a diversos servicios —fotografías, pedicura, papelería, internet, gimnasio— que atrae una nada despreciable afluencia de público como potenciales clientes empleados ahí. Esto, sumado a la propia clientela proveniente de la colonia Guerrero y los edificios de Tlatelolco, podía sostener el negocio sin mayores dificultades, siempre y cuando el dinero se administrara rigurosamente y no existieran las amantes con departamento incluido. Se debe agregar que la mente de Juan, después de la caída, poco a poco se fue transformando en una máquina calculadora donde no existía un lugar para las concesiones, cuestión sin duda imprescindible para la lógica voraz de cualquier comerciante. De pronto, se instaló en él un eficiente sentimiento de culpa. Todo había sucedido de manera vertiginosa, pero apenas se dio un pequeño espacio de reposo, comenzó a lamentar más profundamente que nunca el haber dilapidado la fortuna de antaño. Se hizo evangélico. Interpretó que dinero y religión se encontraban unidos por un cierto hilo invisible pero al que no era tan descabellado intentar seguirle la pista; La Palabra, además, no era una cuestión inaccesible, estática o cerrada, y en ese aspecto contenía un vínculo innegable con la consecución de la fortuna: ésta, así como se dilapidaba, en cualquier instante podía volver si se era lo suficientemente capaz de dejar atrás algunas tentaciones. Entonces Juan, en consonancia con su renovada fe, empezó a admirar la historia de todos los deportistas, cantantes, narcotraficantes, escritores y empresarios que “empezaron con nada, desde abajo”, y que ahora, gracias a un fuerte sentido de la disciplina, “traen coche del año”. La verdad, constituye un auténtico misterio el que hasta la fecha no veamos en las paredes amarillas del local de Juan un póster tamaño gigante de Aristóteles Onassis

o de Henry Ford, cuyas archiconocidas andanzas y frases para el bronce nuestro cocinero cita, normalmente, cinco veces por día.

Lo cierto, pasado un tiempo, es que las cosas se estabilizaron. Juan volvió a adquirir un taxi y a dar carreras cada vez más largas y más productivas, pero también se las arreglaba para mantener el ojo acechando constantemente la economía del local. Casi no dormía. Una noche de muertos, cuando recorría los alrededores de la Central Camionera del Norte en busca de pasajeros, se subieron a su taxi tres mujeres que se dirigían hacia el Poniente de la ciudad. Como buen conversador que es, Juan platicó sobre varios temas con una de ellas, hasta llegar al destino. Ahí, la mujer le pagó y se apeó del taxi, y cuando Juan volteó a mirar a las otras dos mujeres que la acompañaban, éstas ya no estaban. Se quedó helado y, sin mayores explicaciones para el suceso, volvió rápidamente al local.

7

En 2003, Olga y Juan decidieron divorciarse de mutuo acuerdo. Olga se quedó viviendo en Villa Coapa y Juan volvió a la colonia Caracol, donde actualmente vive en un caserón compartido con su madre y su hermano. Vendió nuevamente el taxi y se dedica, de lunes a sábado, exclusivamente a guisar, atender y mantener a flote su negocio de Eje Central. Los domingos no abre al público, pero luego de vagar con su carro y rentar un cuarto de hotel en compañía de alguna mujer, sube las cortinas metálicas del local y espera la llegada infaltable de cualquiera de sus amigos del barrio, con los cuales por lo general discute, comparte un café y diseca una pelea de box.

Y después los temas van cambiando y girando, sin tensiones, sin apuros, replegándose poco a poco, ante una botella de ron que alguien saca de detrás de la barra y que vaciamos casi con resignación, cuando ya en la Guerrero es tarde, muy tarde, y es mejor irse, como se van todos, solos como Juan, solos como yo. ♪

Las posibilidades de una línea

Rodolfo Ruiz Vázquez

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM

Un milagro

El 31 de agosto de 2003, mi tía Amalia Gutiérrez de Ordináriz dio a luz a Juan III (Juan como su padre, mi tío político, y como el padre de éste). La noticia fue a la par causa de emoción y de angustia entre nosotros: Johnny entró a la vida con los blasones de primogénito y de sietemesino. Mi hermano, cuyas diferencias con Juan Ordináriz II habían echado a perder algunas parrilladas familiares, apostó a que la incubadora también sería el ataúd del descendiente del “Siempremezquino”. Le dije que no le tirase a la criatura sólo por llevar los mismos genes que nuestro óncol. “Tuyo será, porque yo no comparto una fibra de ADN con ese idiota”, me contestó. “Oye, no seas malvibréitor. ¿Qué tal si esa estupidez que tanto te castra en nuestro tío se debiera a que él hubiese nacido prematuro, qué tal si es un problema congénito?”, argumenté. “Entonces no debió impregnar a mi tía”, replicó.

Por fortuna, mi hermano se equivocó. Juan Ordináriz Gutiérrez es un niño alegre, saludable y con destellos de inteligencia. Mi tía Ame lo mimó y lo presume. La víspera de Año Nuevo de 2010 me enseñó un dibujo que su nene le hiciera y obsequiara en Navidad. Me dijo que lo iba a pegar en el refri junto con la boleta de calificaciones de Johnny y unos versos octosílabos bastante simétricos que éste le había dedicado a su Shar Pei.

Mi primera reacción ante el dibujo fue de indiferencia. La verdad es que no ofrecía nada innovador. Mi primo se había limitado a trazar una línea recta sobre una hoja de papel. Eso sí, la línea estaba muy recta, y el mérito consistía en que, según su madre, Johnny no había necesitado una escuadra. Estuve a punto de preguntarle qué era lo que el nene había querido dibujar, pero me detuve, pues si Johnny hubiese intentado hacer un... por ejemplo, un hámster, mi pregunta insensible hubiera puesto en evidencia la poca vocación del artista, y Amalia se habría afligido. Se me ocurrió otro plan: “¿No tiene título?”, inquirí. “No..., Johnny dice que representa el universo.” “Ah...”, repliqué, y de inmediato modulé un cumplido verosímil: “Me parece... mhh... su... su pulso es muy bueno para alguien de su edad...”

Rodolfo Ruiz Vázquez
(Ciudad de México, 1987).
Ha publicado en la revista
Síncope.

Indicios de grandeza

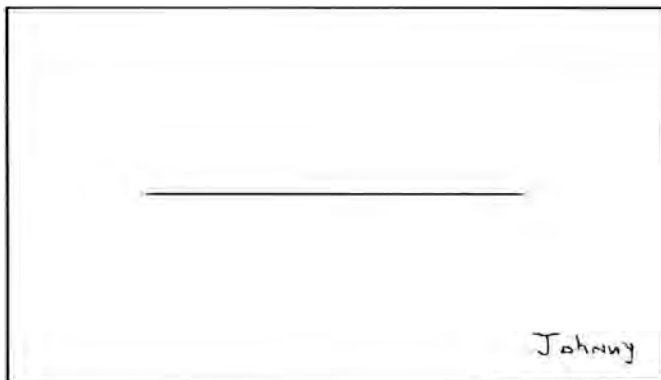
Era el 1° de enero de 2010, y yo estaba bobeando en You Tube. La nostalgia me hizo recordar las caricaturas del Canal Cinco. Busqué clips de mis series favoritas: *Looney Tunes* y *Merry Melodies*. En la sección de “videos relacionados”, un rubro me intrigó: *El punto y la línea: romance en matemáticas básicas*. Le di clic. Era un corto animado de Chuck Jones, ilustre caricaturista, padre de algunos miembros de *Looney Tunes* como El Coyote y El Correcaminos (de ahí la hermandad entre los videos).

El punto y la línea: romance en matemáticas básicas va de una línea recta que está perdidamente enamorada de un punto, que, juzgándola aburrida y con poca imaginación, no corresponde a su cariño. Por su parte, el punto es cautivado por la línea garrapatosa, un personaje desmañoso, ácrata y lleno de espontaneidad. La línea recta se pone triste. Piensa que nunca va a ser tan grácil ni tan suelta como la línea garrapatosa, piensa que el punto nunca la querrá. Sin embargo, un día descubre que si se concentra lo suficiente, puede doblarse. A partir de entonces comienza a poner en práctica ejercicios de flexibilidad cada vez más complejos. Su hallazgo es que de una línea recta puede surgir cualquier figura: polígonos, elipses, cuerpos tridimensionales... todo lo imaginado por la geometría. Se hace una experta en maleabilidad. El punto queda asombrado con lo creativo de la línea recta, de quien finalmente se enamora, olvidándose de la garrapática.

Recordé el dibujo de Johnny. En la madrugada del 2 de enero, insomne, rumié la posibilidad de que hubiese subestimado su inteligencia. ¿Podría ser que un párvulo hubiera comprendido lo que hasta la víspera yo no? ¿Sería mi pariente un genio de incubadora?

Otro indicio de genialidad... ¿coincidencia?

Al día siguiente llamé a mi tía para preguntarle si me podía mandar por mail una foto del dibujo de Johnny. Casi lloré de emoción. En la noche recibí el archivo. Éste es el dibujo:



Al verlo detenidamente, algo me pareció conocido. Pensé en las posibles influencias pictóricas que un mocoso de la primaria podría tener en la actualidad. ¿Cuáles son las caricaturas que miran hogaño los niños, qué personajes de qué avanzados videojuegos llenan su fantasía, a qué pintores canónicos ven en la asignatura de arte? Como el ejercicio me resultaba oscuro, recurrí a la experiencia y recordé mis propias fuentes de inspiración: los mundos de Chuck Jones, el universo de Hanna-Barbera, los trazos escabrosos del *Mortal Kombat* de Super Nintendo, los arbolitos de Bob Ross en el Once, Mafalda... La imagen de la pequeña precoz hizo que sonase una campanita en mi mente; había un vínculo extraño entre la línea de Johnny y los monos de Quino. Tomé de mi baúl un volumen conmemorativo del monero, el cual reunía algunos dibujos de temática diversa que ya habían sido publicados por el autor en distintos periódicos.

Por ahí de la mitad del volumen, una viñeta me corroboró que el vínculo entre la obra de Johnny y la del monero sí existía. Era un dibujo que había visto muchas veces: un hombre en un museo está admirando una obra que se titula “La línea”, la cual consiste en un lienzo en el que está trazada verticalmente una línea recta. Lo interesante del dibujo es que sobre la cabeza del hombre flota una línea, también recta, que, de pronto, se va convirtiendo en una serie de imágenes ejecutadas de manera continua e ininterrumpida, como esos esbozos donde la punta del lápiz nunca se levanta del papel. En esos trazos se ven un cuerpo femenino, un signo de dinero, un brazo con una macana, un perro, un tipo levantando un puño amenazador y apuntando con un índice jurisdiccional al hombre que, con cara de agobio, observa la obra; esos garabatos son las obsesiones, los deseos, las preocupaciones, las fobias y quizá también los recuerdos que una simple línea ha desatado en la imaginación de este hombre.

Quino parte de la idea de que el todo surge de la partícula. Su viñeta nos sugiere que la imaginación usa principios básicos para tejer universos complejos, que las más elaboradas fantasías ópticas son reelaboraciones, cortes y dobleces de una línea que, a su vez, está formada por una serie de puntos. Lo importante no es la línea, sino el potencial que ésta posee en la mente de cada ser humano; si nos enfrentásemos a esa línea en un museo, cada uno de nosotros imaginaría cosas diferentes.

A lo anterior se suma lo cómico de un personaje que sufre al ver un trazo en apariencia inocuo y sin virtud estética. La sana visita a un recinto cultural se revela como una dolorosa sesión de autoanálisis a quien sólo quería distraerse con un cuadro y, a pesar suyo, acaba envuelto en las preocupaciones cotidianas de las que deseaba evadirse. La tortura intelectual del hombrecillo es hilarante.

No era completamente ilógico asumir que Johnny se hubiese “inspirado” en la viñeta para realizar su obra. Quiriendo salir de dudas, le hablé a Amalia para preguntarle si tenía algún libro de Quino que me pudiera prestar, explicándole, con una mentira, que en la uni me habían dejado hacer un análisis de sus viñetas. “Uyy, hijo, tenía un volumen de Mafalda, pero al casarme lo tiré porque a mi Juan le parecía panfletario y peligrosamente subversivo.” “Ah..., ¿y no tienes un corto que se titula *El punto y la línea: romance en matemáticas básicas*? Es para otra tarea.” “¿Qué

es un corto?”, preguntó. “Es como una película, pero más corta.” “Oh... Es que aquí en tu casa no tenemos tele; tu tío la considera un aparato vicioso.”

¿Sería posible que Johnny, nacido antes del noveno mes, hubiese plasmado en un papel la misma sustancia argumental que Quino había empleado en la viñeta y que Chuck Jones había puesto en movimiento en su corto, sin conocer la obra de ninguno de los dos?

El infinito: el potencial de una línea

Aunque lo haya negado una y otra vez, estoy seguro de que mi hermano vio el dibujo de Juan en mi cajón cuando usó mi pipa, “la Churchill”, a finales de enero de 2010. Yo había impreso una copia de la foto que mi tía me enviara por mail, y la había guardado en el cajón de mi escritorio, donde tenía guardada mi pipa. La mañana del 30 de enero encontré “la Churchill” en la azotea sobre dos cajas de pizza y junto al telescopio de mi jefe. Eso explicaba el olor a hidropónica y a peperami que había entrado por mi ventana en la noche. No podía seguir confiando en la débil seguridad del cajón. Tomé la pipa, la copia del dibujo de Johnny y una moneda de Belice y las escondí en otro sitio... pero ya era tarde.

Porque, dos meses después de que yo viera por primera vez la caricatura de Chuck Jones, ocurrió lo siguiente.

A principios de marzo apareció un artículo sobre mi hermano en la sección cultural de la *Gaceta* universitaria. El encabezado leía: “Gandasha Gutiérrez Figueroa gana el tetragésimo concurso de pintura de la ENAP.” Había una foto de mi hermano con un pie de ídem: “El artista junto a su obra, *El infinito*, tras la premiación.” El aludido portaba un cheque gigante junto a un lienzo cuyo único atributo era una línea recta de color negro.

No obstante mis reclamos, Gandasha hízose el imbécil cuando le enseñé el dibujo original. Alegó que nunca lo había visto. “¿Seguro que no lo viste en mi cajón *por ai* de enero, cuando te pachequeaste con “la Churchill” para estudiar los anillos de Saturno?” “Oquéi, sí, usé tu pinche pipa, pero no vi ningún dibujo en tu cajón.” “No me interesa tu cheque —le aclaré—, sólo que se me hace mala onda que le hagas esto a Johnny. Allá tú.” Gandasha siguió con su plan de *Rainman*.

Su obra cautivó a los críticos. “Es un regreso a las formas básicas [...] Abre la era en la que los lienzos se dejarán intactos”, asegura uno; otro aventuró la hipótesis de que Gandasha es el pregonero de una nueva corriente: el nadaísmo. Figuras de otras disciplinas no la pasaron por alto. Un jefe delegacional del PRD propuso que su obra representaba “la ambición de una minoría tozuda, ambiciosa y poderosa que, a su paso inflexible, convierte todo en vacío”. Un miembro de la NAACP¹ concluyó que en *The Infinity* está plasmado elocuentemente “el devenir de la comunidad afroame-

¹ Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color.

ricana a través de los eriales hostiles de las mayorías caucásicas en EUA.” La ONU y el Banco Mundial realizaron un spot con un diseño parecido a la obra de Gandasha, con el eslogan: “One humanity, one economy.”² Gandasha reclamó por el uso no autorizado de *El infinito*, mas el representante de la Junta del BM arguye que la línea de su spot es añil, no negra, y que la tienen patentada. En la Expo Religiones en el WTC, un carlomengo dio una conferencia sobre monoteísmo, usando de soporte visual un afiche análogo a la pintura de mi bróu (sin su salvoconducto). Gandasha no quiso meterse con Míster Teo Dívini, pues en la escuela católica donde realizó la primaria le habían enseñado a querer profundamente a sus superiores. Stephen Hawking asistió a un *talk show* en el que dijo, con su timbre robótico, que iba a desarrollar una teoría sobre los “rayos negros”. El inglés no tuvo la humildad suficiente para descubrir a su Musa.

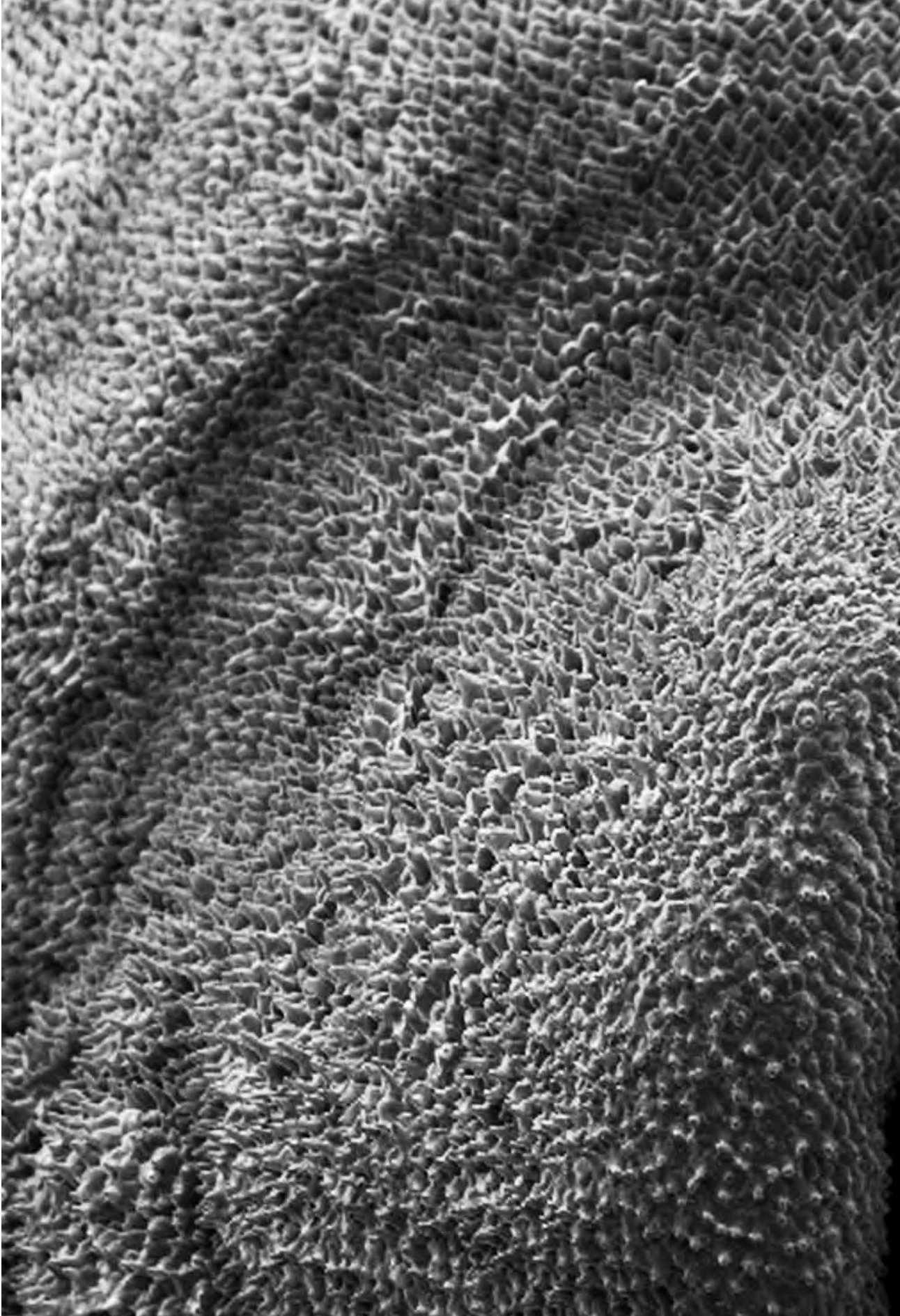
Asuntos familiares

Ayer, 11 de mayo de 2010, contesté una llamada del licenciado Jonathan Vidriera de VIDRIERA, GORGAS Y AHARTERO ABOGADOS. Es el representante legal de Juan Ordináriz Hídeput, mi tío político, quien, interviniendo en favor de Juan III, acusa a mi hermano de robo intelectual y exige una compensación económica. El Lic. me explicó que le era urgente hablar con mi hermano. Le dije que mi hermano estaba en una exposición de pintura en Querétaro, le pedí que me dejara su teléfono y le aseguré que yo daría el mensaje a Gandasha. Me solicitó su número de celular; le expliqué que mi bróu es adverso a las nuevas tecnologías y a cualquier “atadura del establishment” y que jamás ha usado un móvil. “¿Sabe en qué hotel se hospeda?”, inquirió. “Él no cree en el concepto común de hotelería. Cuando viaja suele seducir a viudas vulnerables a cambio de un cuarto con desayuno incluido”, le contesté.

La verdad es que mi hermano no fue a ninguna exposición. Lleva tres días en Oceánica. Sufrió una sobredosis de coca en el Palladium. El médico dice que la línea que esnifó probablemente estuviera adulterada. 📍

² “Una humanidad, una economía”.

Silvia Andrade, *El ir al encuentro*, fotografía con microscopio, 50 × 60 cm, 2009





La leyenda del tío Boonmee

Rodrigo Martínez



La leyenda del tío Boonmee
Apichatpong Weerasethakul
Tailandia, 2010

Una mujer madura canta al borde de una cascada. Es una princesa. Fue abandonada por un joven sirviente de quien esperaba amor. Está hincada y mira el suelo a pesar del esplendor de la selva. En la cara, cuyo color semeja avena húmeda, hay lágrimas y postración. Viste una tela bermellón, larga y traslúcida, con elegantes figuras doradas y chalina de seda blanca. Trata de simular una belleza que cree inexistente. La noble tailandesa ha visto la imagen que desea para sí misma en un reflejo sobre el agua: piel blanca, perfil torneado, cabello oscuro y fino. Su llanto no le impide reconocer una voz masculina que trata de consolarla. El eco casi logra convencer a la dama de su beldad. Ella camina hacia el lago y se desnuda casi por completo con la esperanza de que su interlocutor pueda brindarle la hermosura. Mientras flota con la mirada al cielo, él la seduce. Todas las joyas de oro de la soberana descienden y se estancan en las rocas del fondo. El amante de la alteza desconsolada es un bagre. El animal, que en otros tiempos poseerá la forma de un hombre, navega impetuoso en el vientre femenino y sobre las reliquias que han caído en su morada. Más allá de que Apichatpong Weerasethakul concibió *La leyenda del tío Boonmee* como si se tratara de un sueño a medio camino entre la fantasía y la abstracción, tal y como lo ilustra esta secuencia, la sexta producción del tailandés es un poema fílmico que se apropia de la idea de reencarnación de toda una cultura para ofrecer una plasmación audiovisual de la memoria.

Afectado por un padecimiento renal, Boonmee decide culminar su vida con una caminata a través de la selva en compañía de sus seres queridos. Durante una cena nocturna, la familia tiene un encuentro con el fantasma de Huay, la esposa difunta del aquejado, y recibe la visita de un humanoide cuyo cuerpo está cubierto de pelo y que tiene los ojos de un color rojo tan intenso que parecen brillar. Se trata de Boonsong, el hijo hasta entonces extraviado del hombre enfermo. El espectro cuida del paciente durante sus días finales. Escucha los supuestos del condenado sobre las razones de la enfermedad. A pesar de que desconocen el destino del viaje, el grupo emprende en plena noche una marcha que conducirá a la cueva donde inició una de las vidas pa-

sadas del tío mientras que él explorará la permanencia mental de varios episodios significativos que experimentó en sus numerosas reencarnaciones.

Más allá de la diversidad de sus motivos, que van de la transmutación, el decaimiento de la tradición y la relaciones entre juventud, vejez y mortalidad, *La leyenda del tío Boonmee* es un mural abstracto que trata de plasmar la experiencia mental de los seres humanos. Si bien fue concebida como un homenaje a la identidad espiritual tailandesa, donde se piensa que existen conversiones entre las almas de los humanos y de los animales, el sexto largometraje de Weerasethakul tiene la forma de un mosaico de composiciones visuales y de microrrelatos que apelan a la facultad de contemplación. El realizador trastoca las ideas canónicas del tiempo cinematográfico con el fin de simular una experiencia. Todos los elementos del filme propician una inmersión en los estados de la mente. La cinta despoja a la cámara de su función representacional y la convierte en un mecanismo para experimentar los indicios de los movimientos que ocurren en la percepción. Las vidas del protagonista carecen de ubicación temporal. A veces el contexto permite situarlas, pero todas transcurren como si fueran simultáneas. Quizás el estilo de esta cinta, que estimula la imaginación del espectador con secuencias hipnóticas y frescos líricos (la aparición de Boonsong, el encuentro sexual de la princesa y el bagre, la caminata nocturna), intenta semejar la incertidumbre en torno al funcionamiento de la memoria.

Existe la idea de que el cine de Weerasethakul se caracteriza por la mezcla de géneros cinematográficos. La anécdota que guía las múltiples posibilidades de *La leyenda del tío Boonmee* parece inspirarse en el cine de terror porque explora el temor a lo desconocido. Si bien el realizador ha explorado el documental con la polifonía de *Objeto misterioso al mediodía* (2000) y el musical como pastiche del cine de Serie B en *La aventura de Iron Pussy* (2003), el viaje nocturno a lo largo de una selva —que como en *Malestar tropical* (2004) es metáfora de libertad— no es un encuentro con lo extraño. Las apariciones de los familiares perdidos no corresponden con los relatos de fantasmas de Occidente, sino con el hecho de que en la concepción de la cultura tailandesa aquí recreada todos los tiempos son un tiempo. El protagonista marcha hacia un encuentro con sus numerosos pasados. El símbolo del viaje espiritual encarnado por la *Odisea*, y que ha prevalecido en varias formas del cine fantástico, no ayuda a completar el sentido de un viaje cuyo fin no es la transformación moral, sino la con-



versión de una materialidad a otra, y la comunión de los episodios registrados en la memoria. En este filme no existen el horror, ni la muerte, ni el viaje emocional. Es una recreación de la coexistencia entre espíritus y hombres. Un fresco de la creencia en la transición entre almas y de las huellas mentales que produce. Esta fantasía a veces oscura es producto de una mezcla visual de mitos, material documental, novelas y hasta cómics que no puede leerse como un híbrido de géneros clásicos, sino como una película-experiencia. La densidad semántica de las vidas de Boonmee es una suma abstracta de imágenes y de hechos que hereda más del arte contemporáneo, con su afición a crear espacios de experimentación, que a los cánones del cine de género. Acaso el único asidero occidental que puede indagarse en esta cinta es su capacidad de propiciar oposiciones. La aparición de la esposa y del hijo durante una cena es un episodio de felicidad, pero también contiene motivos de tristeza. La transmutación de Boonsong es indicio de decadencia. Justo cuando aparece el joven confiesa a su padre que en la selva hay muchos seres vivos que perciben su sufrimiento.

A pesar de la sobriedad de esta película-simulacro, cuya anécdota e imaginario parecen ofrecer una gama temática mínima en contraste con su atrevimiento estilístico, el director no se conforma con partir de la creencia en la reencarnación para crear un universo poblado de seres humanos enfermos, de animales y de criaturas míticas. Weerasethakul interpreta la tradición de su terruño. Filma como si tratara de situar al espectador en un sueño. Recurre a tonalidades oscuras y colores con textura para causar la impresión de que se está frente a una pantalla mental. El efecto último remite a un registro cotidiano que corre paralelo a la inmersión síquica y que no olvida, a pesar de la fantasía que reside en todo el filme, las articulaciones entre los rituales antiguos y el contexto más reciente. Si *La leyenda del tío Boonmee* es un canto sobre el acto de reencarnar, también constituye una advertencia sobre la enajenación de una cultura. En la cueva, el tío relata las visiones que tiene del futuro. Advierte una sociedad dirigida por autoridades mezquinas. Y es que los principios tibetanos, al igual que los protagonistas, viven una crisis de renovación de tal grado que los monjes jóvenes se despojan de sus hábitos para probar patrones culturales diferentes. Allí se encuentra la idea que mueve a este filme: el abandono de la memoria.

Aunque parezca improbable, existe un vínculo entre directores como Ingmar Bergman y Kenji Mizoguchi con Apichatpong Weerasethakul. Hay momentos en *Cuentos de la luna pálida* (1953) y *El séptimo sello* (1956) en donde estos dos maestros renuncian a los artificios tecnológicos —incluso a los excesos en los decorados— para recrear presencias sobrenaturales en sus relatos: el espíritu de una esposa fallecida en un caso y la muerte misma en el otro. A pesar de la sobrecarga semántica en su sexto largometraje, el cineasta tailandés ha aprendido a controlar el difícil arte de la verosimilitud cuando no se recurre a las capacidades técnicas por encima del dominio de la atmósfera fílmica. Tal vez eso explica por qué este realizador considera que el cine es una “herramienta para convertir lo efímero en eterno” (Nando Salvá, *El periódico*, mayo 2010). En la primera secuencia de *La leyenda del tío Boonmee*, un toro está sujeto a un árbol. Detrás hay un campo cuyo verdor es evidente a pesar de la semioscuridad. Una fogata cercana apenas ilumina al cautivo. El animal se libera de la atadura y comienza a andar por la espesura de hierbas como si estuviera huyendo. Parece feliz y liberado. Lo protege un intemporal crujido de grillos y su piel de petróleo sin texturas. Cuando logra internarse en la selva, un campesino lo llama por su nombre y lo captura para conducirlo nuevamente al cautiverio. La marcha del toro, al igual que la de su reencarnación en el atormentado Boonmee, es un instante cuya estampa fílmica le brinda la posibilidad de la permanencia. ●

Rodrigo Martínez (Ciudad de México, 1982). Cursa la maestría en Comunicación en la UNAM. Ha publicado en las revistas *Punto de partida*, *El Universo del Búho*, *Viento en vela*, *La revista y Periódico de poesía* (versión digital). En 2004 obtuvo el Premio Nacional de Ensayo Universitario Agustín Yáñez convocado por la revista *Tierra adentro* y el Conaculta. Recibió el premio de cuento del Concurso 35 de *Punto de partida* (2004). Un año después obtuvo el primer lugar en crónica del mismo certamen. Es profesor de asignatura en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, corresponsal de la fuente cinematográfica para Radio Cosmos de la ciudad de Chicago y escribe ensayos sobre cine para la revista digital *Punto en línea*: www.puntoenlinea.unam.mx (rodrigo_mtz_m@hotmail.com).

P